

628284000001

CES XIX

139-3

EL JUEGO DE LA GALLINA CIEGA,

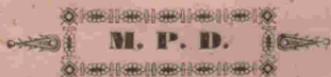
juguete cómico en dos actos y en prosa,

IMITADO DEL FRANCÉS

POE

DON RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

Estrenado con extraordinario aplauso en el teatro de Lope de Vega el 18 de Agosto de 1855.



MADRID

IMPRENTA DE D. CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 19, bajo

Setiembre 1855.

PERSONAS.

ACTORES.

DON ADOLFO, <i>teniente de ca-</i>	
<i>ballería.</i>	<i>D. José Benito Pardiñas.</i>
DON SERAFIN, <i>id., id.</i>	<i>D. José Izaguirre.</i>
DON PANTALEON, <i>médico.</i>	<i>D. Fernando Gimenez.</i>
DON GREGORIO, <i>fondista.</i>	<i>D. Felipe Martínez.</i>
ROSA, <i>florista.</i>	<i>D.^a Matilde Martínez.</i>
ELOISA.	<i>D.^a Adela Guerrero.</i>
CAROLINA.	<i>D.^a Ramona Lansac.</i>

OFICIALES DE CABALLERÍA.

La escena pasa en Alcalá.

Este juguete pertenece á la Galeria Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Á D. JOSÉ BENITO PARDIÑAS,

SU AFECTÍSIMO AMIGO,

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

ACTO PRIMERO.

Salon de una fonda: puerta al fondo que dá á la calle: otra á la izquierda que conduce á la sala en donde comen los oficiales: otra á la derecha que dá al cuarto de don Gregorio. A la derecha en primer término un pequeño mostrador: á la izquierda, tambien en primer término, una mesa de café, rodeada de cuatro taburetes: en el fondo á la derecha un aparador de servicio.

ESCENA PRIMERA.

DON GREGORIO. CAROLINA.

(Don Gregorio está escribiendo en la mesa. Carolina está sentada al mostrador.)

Gregorio. Veamos sino me he equivocado... «Manutencion del mes, trescientos sesenta reales; cigarros, cien reales; copas, ochenta reales...» Esto es! Qué diablo! Es preciso tener los ojos en todo, cuando se es, como yo, dueño de la fonda donde comen los señores oficiales de caballería, y cuando llega el dia último del mes. *(A su mujer.)* Carolina, cuidado no te equivocues... *(Se levanta.)* á menos que no sea en nuestro favor. A propósito, está terminada la cuenta del caballero teniente don Adolfo?

Carolina. Desde esta mañana; me la he dejado en mi cuarto.

Gregorio. No olvides irla á buscar al momento. El señor don Adolfo pagará al corriente, segun costumbre, y si no ahí está doña Eloisa, la mujer de don Panta-

leon, su prima... y como entre primo y prima es natural ayudarse... y el sueldo de teniente es corto...

Carolina. Qué es lo que quieres decir con eso?

Gregorio. Yo? nada... absolutamente nada.

Carolina. Es que al oírte se podrian creer cosas...

Gregorio. Yo no hago mas que decir que la cuenta del señor don Adolfo me será pagada... no será así la de su amigo: me parece que estan en el aire mis novecientos reales. Pero tomaré mis precauciones y haré de manera que el señor don Serafin...

ESCENA II.

DICHOS. ROSA.

Rosa. (Entrando por la izquierda.) Quién habla aquí de don Serafin? apuesto á que es don Gregorio?

Gregorio. Me parece que puedo hacerlo; un hombre que me debe novecientos reales... Abrigo el recelo de que ese calavera...

Rosa. Tenga usted la bondad de no soltar la sin hueso!... El único defecto que tiene don Serafin es ser demasiado seductor.

Gregorio. Seductor!... Pues lo que es á mí... (Qué gusto tienen las mujeres.)

Carolina. Diga usted, señorita Rosa, qué tal va nuestra sala de baile?

Rosa. La estoy poniendo que ya! He pasado á ella cuanto posee mi tienda de flores y de arbustos... O somos, ó no somos floristas.

Gregorio. (Con galanteria.) Pero, quién mirará las flores despues de haber visto á la florista?

Rosa. De veras?... Ay, qué regalo!

Gregorio. (A media voz, llevando á Rosa hácia la izquierda.) Y si usted se dignase condescender con el amor mas tierno...

Rosa. Me huele usted á puchero de enfermo.

Gregorio. (Con pasion.) Ay!...

Rosa. Si yo fuese doña Carolina!...

Gregorio. Por qué no lo es usted?... supongamos...

Rosa. A mí no me gustan las superposiciones... Mejor fuera que se ocupára usted de su parienta, que tiene

un aire tan cazarro...! (*Hace algun tiempo que está Carolina muy pensativa.*) Le ha dado usted algun disgusto?

Gregorio. Hacer yo mal á ese sexo encantador á quien debo el dia? No soy como el brutal de don Serafin...

Rosa. Dale, bola! Qué tiene usted que decir de don Serafin? Hable usted, mala lengua!

Gregorio. Silencio! aqui llega su amigo... Despues se lo contaré á usted todo.

ESCENA III.

DICHOS. DON ADOLFO.

Adolfo. (*Entrando por el fondo.*) Buenos dias, don Gregorio. (*Saludando á Carolina.*) Señora... (*A Rosa.*) Va bien, Rosa?

Rosa. Como usted ve... y no le hago igual pregunta, porque viene usted tan pálido...

Adolfo. Si... qué extraño es! soy tan desgraciado!

Rosa. Desgraciado!

Gregorio. Dura todavía esa maldita pasion?

Rosa. Calla, está usted enamorado?

Adolfo. Y sin esperanza! (*Mirando á Carolina, que se ha puesto á escribir desde que él llegó.*) La que amo ni aun fija su atencion en mí.

Gregorio. Cá! eso no es posible!...

Carolina. (*Con temor.*) El deber... el honor tal vez la ordenan...

Gregorio. (*Cogiendo sus papeles y tintero de la mesa, y yendo á ponerlos en el aparador del fondo.*) Suma, pichona, suma... estas cosas no te conciernen.

Adolfo. (*Animándose.*) Y no obstante, si ella supiese lo que sufro, tendria piedad de mí... de mí, que la amo tanto!! su imágen me persigue... hasta en mis sueños! (*Aparte.*) Se ha tambaleado!

Rosa. Eso es lo que se llama amor puro!

Adolfo. Pero una vez que nada puede doblegarla, puesto que mis cartas no logran ni el honor de una respuesta, mi partido está tomado... y si esta noche no viene á reanimar mi valor una palabra de consuelo,

sé lo que tengo de hacer... nadie verterá una lágrima en mi tumba!...

Carolina. (Aparte.) Pobre jóven! Cómo he de ser la causa...

Gregorio. (Volviendo.) Qué barbaridad! Hacer sufrir á un militar tan bueno, tan valiente y tan distinguido, un parroquiano que hace gasto en mi casa y que paga exactamente... *(Bajo á su mujer.)* Anda por la cuenta... *(Continuando.)* Atormentar así al oficial mas amable de la guarnicion de Alcalá... Si señor, al mas amable... No es verdad, Carolina? *(Aparte.)* Dile algo para consolarle!

Carolina. (Que se ha levantado.) Pero si esa mujer no fuese libre... en una palabra, si ese amor es culpable...

Adolfo. La pasion raciona, por ventura?

Gregorio. Señor don Adolfo, no haga usted caso de mi mujer... Esté usted seguro de que no cree lo que dice...

Carolina. Te juro, Gregorio...

Gregorio. Calla! No conozco, no quiero conocer á esa inhumana, pero apostaria una lengua estofada á que ese rigor desusado es cálculo ó coqueteria de su parte... No es verdad, Rosa?... No crees tú lo mismo, Carolina?

Carolina. Yo por mi parte...

Gregorio. Bien, bien, no hablemos de esto. *(Bajo.)* No olvides... *(Se aleja.)*

Carolina. (Aparte.) No piensa mas que en su dinero!

Rosa. (A un criado que trae flores.) Aquí estan mis últimas flores para la sala de baile. *(El criado entra por el fondo, y á una indicacion de Rosa sale por la puerta izquierda.)*

Adolfo. (Bajo á Carolina, que ha ido hácia su cuarto.) Me responderá usted, Carolina?

Carolina. Ahora mismo.

Adolfo. Gracias! *(Carolina entra á la derecha.)*

Gregorio. (Volviéndose bruscamente.) Gracias, de qué?

Eloisa. (Que acaba de entrar.) Adios, Adolfo.

Adolfo. (Dándole la mano.) Prima... *(Se la besa.)*

Gregorio. (Aparte con esplosion, y viendo el cuadro.)

La mujer de don Pantaleon!... Ahora lo comprendo!... Pobre marido!...

Rosa. (Que iba á seguir al criado y se ha vuelto tambien á la entrada de Eloisa, aparte.) Hola! Si tendrán algo el teniente y la primita?

ESCENA IV.

DON GREGORIO. ELOISA. DON ADOLFO.

Eloisa. Gracias á Dios, querido primo, que se le encuentra á usted... se vende usted tan caro...

Gregorio. (Aparte.) Lo que mas me divierte es el marido!...

Eloisa. Advierto á usted que mi visita es algo interesante... vengo por dos cosas: primera, á pedirle á usted, si le quedan, algunos billetes para el baile de esta noche en el Ayuntamiento...

Adolfo. Felizmente tengo aquí... (Le dá varios billetes.)

Eloisa. Y la segunda para reñirle á usted con toda formalidad... Con que tiene usted penas, y no va á contarlas á su familia?... no me refiero á mi marido, porque ya sé que hay cosas que no se dicen á los maridos.

Gregorio. (Aparte.) Qué escándalo!... Pobre don Pantaleon!...

Eloisa. Pero yo, como prima, tengo derecho á los secretos de usted. Y en lugar de esto, ha ido usted á escoger por confidentes una porcion de calaveras que lo han divulgado todo de manera que hoy sabe el secreto toda la poblacion.

Adolfo. (Vivamente.) Cómo? Habrán osado nombrar?...

Eloisa. No se nombra á nadie, pero se sospecha de todo el mundo, lo que es peor. (A don Gregorio, que rie.) Conoce usted á la persona?

Gregorio. (Riendo con mas fuerza.) Si... es... es... (Interrumpiéndose de repente como asustado de lo que iba á decir.) es decir, no... no... la conozco.

Adolfo. Pero qué niñeria! dejemos esto...

Eloisa. En adelante, Adolfo, vaya usted á verme mas á menudo; hablaremos de esa inhumana, y si es preciso, hasta lloraré con usted para darle gusto.

Gregorio. (Aparte.) Jesús! qué desvergüenza!

Eloisa. Pero no veo á Carolina... Está mala, don Gregorio?

Gregorio. No señora... Está en su cuarto... Carolinita?... Pichoncita mía?...

ESCENA V.

DICHOS. CAROLINA.

Carolina. Aquí estoy... (Viendo á Eloisa.) Señora, si hubiera sabido que estaba usted aquí...

Eloisa. (Yendo á su lado.) Desde mi vuelta no te conozco, Carolina... Parecía natural que me tuteases como á una antigua compañera de colegio. No recuerdas que nos juramos querernos siempre y protegernos?... Lo has olvidado?...

Carolina. Qué poco orgullo tienes, mi buena Eloisa!

Eloisa. Y de qué había de tener orgullo? De haberme casado con don Pantaleon, un médico de provincia? Qué hombre no es hoy médico ó abogado?

Carolina. Mi cariño será siempre para tí.

Gregorio. Ah! es usted la crema de las mujeres... (Bajo á Carolina.) No intimes mucho con ella... despues te diré el por qué. (Aparte.) No le daría mas que malos consejos... (Se aleja.)

Adolfo. (Que desde el fondo, en donde ha permanecido oculto, se acerca á Carolina.) La respuesta ofrecida.

Carolina. (Indicándole una carta que tiene en la mano.) Aquí está.

Gregorio. (Viendo el papel y viniendo de repente.) Qué papel es ese, hija mía?

Carolina. (Turbada.) Nada... no es nada.

Gregorio. Cómo nada?... es una carta. (Se la quita.)

Adolfo. (Aparte.) Santos cielos!

Gregorio. (A Eloisa, abriendo la carta.) Con permiso de usted.

Carolina. (Muy de prisa.) Es la nota de los gastos del señor don Adolfo... No me dijiste que fuese á buscarla?

Eloisa. Esa nota es casi un boletin de su conducta... veamos... (Coge la carta á don Gregorio y se dispone á abrirla.)

Carolina. (*Bajo á Eloisa.*) Por favor, no leas!...

Eloisa. (*Aparte.*) Esa inquietud... Si será tal vez...

(*Alto y devolviendo la carta á Adolfo.*) Bien reflexionado, podría tal vez ver en esa nota cosas poco convenientes... Tome usted, primo... examine usted...

Adolfo. (*Aparte con alegría, despues de haber leído.*)

Cielos! Esta noche en mi casa durante el baile!

Gregorio. (*Volviéndose.*) Le parece á usted muy caro?

Adolfo. No señor... es una bagatela!... puede usted enviar por ello cuando quiera... (*Con la mayor alegría.*)

Señor don Gregorio, es usted el fondista mas honrado que conozco!...

Gregorio. (*Aparte.*) Solo le siso quince duros!...

Eloisa. (*Viendo que don Adolfo besa la carta y observándolos á todos. Aparte.*) Se hacen señas!... Quiero convencerme. (*Alto.*) Sabe usted, Adolfo, que es usted poco curioso? Ni siquiera me ha preguntado usted para quién son los billetes que me ha dado; y sepa usted que son para una persona que tiene á usted mucho afecto; en una palabra, son para la condesa del Espino, la madre de su adorada de usted Conchita.

Gregorio. Concha! Otra mas!...

Eloisa. Sí... su novia.

Carolina. (*Con esfuerzo.*) Ah! con que este caballero va á casarse?

Adolfo. No señora... es una broma...

Eloisa. Cómo una broma? Cuando estan ya hechos los regalos de una y otra parte... (*Viendo que Carolina desfallece.*) Qué tienes, Carolina?

Gregorio. Estás mala, sol mio?

Carolina. (*Sentada.*) Un poco de fatiga... los nervios... no será nada!...

Eloisa. No, yo no te dejo así. (*Bajo.*) Vamos á tu cuarto... necesito hablarte.

Carolina. Sí... no me siento bien.

Eloisa. (*Aparte.*) Es mas sério de lo que creía. (*Don Gregorio ha ido al aparador á preparar un vaso de agua con aguardiente para su mujer, que lo rehusa.*)

Carolina. No, déjame...

Adolfo. (*Bajo á Carolina.*) Gracias por la carta!

Carolina. (*Idem.*) No me comprometa usted.

Eloisa. (Aparte.) Tal vez pueda salvarla! (*Eloisa y Carolina salen por la derecha.*)

ESCENA VI.

DON GREGORIO. DON ADOLFO. Despues OFICIALES.

Gregorio. (Inquieto.) Pero qué le habrá dado á mi mujer?

Adolfo. No se lo ha dicho á usted? los nervios. (Aparte.) Qué necesidad tenia mi prima de hablar?

Gregorio. (Consultando su reloj.) Zambomba! Las cinco va! y las comidas que no estan prontas.

Adolfo. Justamente tiene usted ahí todos sus favorecedores.

Gregorio. Corro á dar órdenes y vuelvo. (*Sale á la izquierda.*)

Todos. Buenos dias, Adolfo.

Adolfo. Buenos dias, señores. (*Les estrecha la mano.*)

Oficial 1.º En dónde está la encantadora patrona?

Todos. (Llamando.) Don Gregorio! Don Gregorio!

Gregorio. (Corriendo.) Aquí estoy! aquí estoy! qué hace falta?

Oficial. Rom de Jamáica.

Gregorio. (Dirigiéndose al mostrador.) Cuántas copas?

Adolfo. Me parece que estamos todos.

Oficial. No... no veo á Serafin.

Adolfo. No le esperemos porque no vendrá... Se ha estropeado el pié anoche y hoy tendré que hacer el servicio por él.

Gregorio. (Sirviendo el rom. Aparte.) Serafin tiene un pié malo y no irá esta noche al baile... Qué placer!...

Rosa no podrá rehusarme nada. (*Alto, fingiendo compasion.*) Con que está malo el pobre don Serafin?

ESCENA VII.

DICHOS. DON SERAFIN.

Serafin. (Entrando.) Quién dice que yo estoy malo?

Todos. Bravo! bravo!

Serafin. Parece que se toma rom sin mi? Don Gregorio, media vuelta á la izquierda y buena medida.

Gregorio. (Aparte, sirviendo á don Serafin.) Si me atreviese á presentarle su cuenta...

Adolfo. (A don Serafin.) Con que me has engañado?

Serafin. Adolfo, te he suplicado que escribieses al coronel diciéndole que estaba malo de un pié, porque no podía confesarle que estaba sin botas...

Adolfo. Cómo sin botas?...

Serafin. Es decir... las tenía, pero en un estado tan descosido...

Adolfo. Pues delante de mí, no te llevó ayer un par nuevo el zapatero?...

Serafin. Sí, pero he hecho el sacrificio de ellas á una mujer.

Gregorio. Un par de botas á una mujer! Qué depravacion!

Serafin. (Persiguiéndole con golpecitos en el vientre.) Hola, papá Gregorio, y la parienta?... tan guapetona como siempre?

Gregorio. (Aparte, saliendo por la izquierda.) Si me atreviese á presentarle la cuenta...

ESCENA VIII.

DICHOS, menos DON GREGORIO.

Adolfo. Deseo saber la historia de las botas. (*Todos se sientan á beber al rededor de la mesa.*)

Serafin. Figúrense ustedes que me encontraba anoche en la casa de una mujer encantadora... no revelaré su nombre porque es preciso ser discreto... sobre todo cuando la reina de nuestros pensamientos es cruel... y la mía lo es espantosamente.— Adolfo, échame una copa.— Yo me encontraba en su casa ocupado en hablar mal de su marido, porque es casada... es su único defecto... pero quién no los tiene? Estaba elocuente, inspirado, arrebatador, porque mi fuerte es hacer daño á los maridos... cuando en el momento mas patético de mi declaracion resonó un violento campanillazo, uno de esos campanillazos de marido, ó de acreedor... era el marido!... (*Se levanta, los oficiales le rodean.*) Ah! olvidaba decir que es uno de mis buenos amigos y que le habia prestado mi caballo para dar un paseo.

Adolfo. Serafin, no es noble cortejar á la mujer de un amigo.

Serafin. Ba!... es una cosa bien recibida... hasta en la mejor sociedad!... En aquel apuro me oculto en el hueco de un balcon, mi quidam entra, abraza á su esposa, y empieza á decirla una porcion de cosas harto estúpidas atendida mi posicion... cuando le veo volver los ojos hácia el lado en que yo estaba y examinar con asombro mis dos piés que salian enormemente por debajo de las cortinas... ya ven ustedes que el peligro era inminente; era preciso ó irle al encuentro, ó huir, y esto último me pareció lo mas honroso; el balcon estaba abierto y salté á la calle; pero como el marido habia visto mis piés, tuve precision de dejarle un par de botas magnificas! mi bella accion me cuesta cinco napoleones. (*Los oficiales rien.*)

Adolfo. Y no te hiciste mal al caer?

Serafin. No: inmediatamente fui á mandarme hacer otro par de botas que acaban de llevarme.

Adolfo. Siempre serás calavera.

Serafin. Siempre! Camaradas, vamos á echar un montecillo!

Todos. Vamos! (*Todos se sientan á la mesa de nuevo y juegan al monte.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON PANTALEON.

Pantaleon. Muy buenos dias, caballeros!... calla! el señor don Serafin!... Y decian que estaba usted malo de un pié, lo cual me disgustó mucho.

Serafin. Gracias, señor don Pantaleon.

Pantaleon. Oh! no por mí, ... en mi calidad de médico debo desear los males, sino por mi mujer á causa del baile de esta noche... puedo contar con usted para que baile? Me hará usted un favor tan grande...

Serafin. Oh! yo me sacrifico siempre por los amigos. (*Le dá la mano.*)

Pantaleon. (*Estrechándosela.*) A propósito de favor, debo darle á usted nuevas gracias por otra cosa.

Serafin. Por qué?

Pantaleon. Por el caballo que me prestó usted ayer tarde; pero es tan intrépido, que me vi obligado à renunciar al paseo, y ¡ay, amigo mio! al entrar en mi casa tuve todavía mas miedo que del caballo.

Adolfo. (*Levantándose.*) Qué le pasó à usted, primo?

Pantaleon. Nada... una tontería de la cual me avergüenzo aun; pero debo acusarme de ella. Figúrense ustedes que al dirigir la vista al balcon veo dos piés debajo de las cortinas: inopinadamente y sin arma alguna me lanzo con riesgo de hacerme degollar... y en vez del ladron à quien pensaba pulverizar solo encuentro un par de botas que me habian traído por la mañana. (*Los oficiales rien.*) No es verdad que el lance es chusco? Yo tambien me rio ahora como ustedes... pero les juro que en el primer momento...

Serafin. Pobre don Pantaleon... le pasan unas cosas por la cabeza...

Pantaleon. Miren ustedes... estas son las picaras botas! Algo apretadillas me estan...

Adolfo. (*Bajo.*) Serafin, comprometer así à mi prima.

Serafin. (*Bajo.*) Chico, mi intencion fué buena...

Pantaleon. (*A Serafin.*) Con que es cosa corriente: esta noche será usted el acompañante de mi mujer, y si por casualidad voy tarde, muy tarde, al baile, usted se encargará de entretenerla de modo que no me eche de menos?

Serafin. Bien... yo haré por usted lo que pueda... pero qué cosa tan urgente tiene usted...

Pantaleon. (*Con fatuidad.*) Oh!... una cosa!... de rechupete... (*Aparte.*) Una cita que he pedido à Rosa.

Serafin. Me decido... cuente usted conmigo, querido camarada.

Pantaleon. (*Aparte.*) Pobrecillo! Si supiera que esta noche le soplo la novia.

Serafin. (*Aparte.*) Pobre viejo! Si adivinase que echa la carne en la boca del lobo.

Gregorio. (*Entrando.*) Estan ustedes servidos.

Todos. A la mesa.

Adolfo. (*A Serafin.*) Quédate; tengo que hablarte. (*Los Oficiales y don Gregorio salen por la izquierda y don Pantaleon por el fondo, acompañado por Serafin, que le despide.*)

ESCENA X.

DON ADOLFO. DON SERAFIN.

Adolfo. (*Aparte.*) A las nueve me ha escrito Carolina que estará en mi cuarto, es decir, en mi cuarto y en el de Serafin, puesto que vivimos juntos... Serafin no irá al baile antes de las diez, y necesito buscar un medio para alejarle...

Serafin. (*Aparte.*) Estoy pensando en una cosa!... Puesto que don Pantaleón irá al baile muy tarde, si yo pudiese lograr que fuese su mujer á mi cuarto! Ásegúrenonos primero de si Adolfo irá al baile temprano! Qué fastidioso es habitar dos bajo el mismo techo!

Adolfo. (*Aparte.*) Abordemos francamente la cuestion... Justamente estas cartas, este medallon y este pelo que tengo aquí... (*Alto.*) Dime, Serafin, eres tú hombre capaz de hacerme un gran favor?

Serafin. Habla y veremos.

Adolfo. Es el caso, que como sabes... Celestina...

Serafin. Qué Celestina?

Adolfo. Cómo? No te acuerdas de aquella morenilla... regordeta... de Celestina Respinguete?

Serafin. Ah... sí, continúa.

Adolfo. Estoy decidido á romper del todo con ella.

Serafin. Pobrecilla... Pero qué tengo yo que ver?...!

Adolfo. Ella me ha escrito que vaya á verla esta noche á las nueve para devolverla sus cartas y su retrato... varios recuerdos del año último. Ya la conoces!... tiene una cabeza atronada... y si le faltase á la palabra sería capaz de ir á darme un escándalo en medio del paseo... Por lo tanto, he contado contigo para entregarle de parte mia estos pedazos de papel, este medallon y este poco de pelo. (*Le dá un enorme paquete de cartas, un gran medallon y una trenza de pelo muy larga.*)

Serafin. Chico, esto no lo puedo llevar solo... y además, adonde me envias es á lo último del pueblo.

Adolfo. Será posible que te niegues?

Serafin. No digo eso... pero por qué no vas tú mismo?

Adolfo. Hombre... ya sabes... los rompimientos... tienen ciertas contras... hay llantos... quejas... y des-

pues de todo, tengo otro asunto mas agradable á esa misma hora... poco mas ó menos.

Serafin. (Aparte.) Una cita en nuestra casa y me ha cogido la delantera! Soy perdido! *(Alto.)* Como es eso, Adolfo, despues de lo que hemos convenido, vas á recibir otra vez en nuestros lares comunes á uno de esos seres pérfidos y traidores que se llaman vulgarmente mujeres?

Adolfo. Tú recibes á Rosa.

Serafin. Eso es diferente: Rosa va para darme flores...

Adolfo. Ya... Pero tranquilizate; la cita no es en nuestro cuarto. *(Aparte.)* De este modo no le obligará á quedarse la curiosidad.

Serafin. No es en nuestro cuarto? Eso es otra cosa! *(Aparte.)* Seré dueño de la plaza! *(Recoge todos los efectos de Adolfo.)*

Adolfo. Con que no olvidarás á Celestina?

Serafin. Descuida.

Adolfo. (Aparte.) A las nueve estará bien lejos! *(Sale por la izquierda.)*

Serafin. (Aparte.) A las nueve estaré de vuelta!

ESCENA XI.

DON SERAFIN. Despues ELOISA.

Serafin. (Solo.) Lo he prometido y es preciso cumplirlo... guardemos primero estas cartas... *(Se las guarda en el bolsillo.)* En cuanto al pelo y el medallon... *(Lo examina.)*

Eloisa. (Aparte, saliendo del cuarto de Carolina.) Pobre Carolina!... le ama verdaderamente.

Serafin. (Contemplando el retrato.) Quanto mas la miro mas mona me parece!

Eloisa. (Aparte y volviéndose.) Mas mona? quién es mas mona? *(Viendo á don Serafin.)* Ay! huyamos!... Las botas de este hombre son demasiado comprometidas...

Serafin. (Sin apartar los ojos del medallon.) Yo en el lugar de Adolfo conservaria siempre este retrato. *(Pasa á la izquierda.)*

Eloisa. (Aparte y volviendo.) Ha hablado de Adolfo... De quién será ese retrato que tanto mira y que inte-

resa tan vivamente á mi primo?... Será el de Carolina?... Oh! es preciso que yo sepa... *(Alto.)* Ah! estaba usted ahí, señor don Serafin?...

Serafin. Señora! qué feliz casualidad! Permitame usted que anude la conversacion de anoche...

Eloisa. Caballero, voy á incomodarme!

Serafin. No se incomode usted... mi deseo mas ardiente es vivir siempre á esos piés!...

Eloisa. Bello cumplimiento desmentido por cierto retrato...

Serafin. *(Mostrando el medallon y guardándose el pelo.)* Qué! este retrato...

Eloisa. *(Queriendo tomarlo.)* Será un secreto?

Serafin. *(Entregándosele con pasion.)* Por usted pierdo mi discrecion...

Eloisa. *(Despues de examinar el retrato.)* No es ella! respiro! *(Se lo devuelve.)*

Serafin. Me deja usted ya, señora? tal vez este retrato... tranquilicese usted... yo no amo á esta mujer... á quien amo solamente es á usted... *(Con un dolor cómico.)* Tenga usted piedad de mí... soy tan desgraciado!...

Eloisa. Si, se conoce á leguas...

Serafin. Ah! Es usted como todo el mundo... porque afecto exterioridades alegres... porque oculto mis pesares...

Eloisa. El caso es que los oculta usted admirablemente.

Serafin. Me he de ir á ofrecer en público espectáculo?

Por ventura, comprenden los hombres los dolores del alma, los sufrimientos interiores... esos sufrimientos que solo una mujer puede aliviar? *(Aparte. — Viendo que Eloisa rie á carcajadas.)* Canastos! Ya le dije esto ayer!...

Eloisa. *(Sin dejar de reir.)* Pobre jóven! le compadezco á usted con todo mi corazon: veo que necesita usted una mujer que le mitigue las penas y que alivie sus sufrimientos! Por qué no se dirige usted á la señorita Rosa, á quien persigue usted, segun dicen, con sus ofrecimientos amorosos?

Serafin. *(Aparte.)* Tiene celos! Soy adorado! *(Alto.)* Señora, no se mole usted así!... suponerme enamorado de una florista!... Qué horror!!

Rosa. (*Que ha entrado hace unos instantes.*) Me está insultando el canalla?

Serafin. (*Continuando.*) En cuanto á este medallon, aseguro á usted...

Rosa. (*Aparte.*) Un medallon!...

Eloisa. No asegure usted nada, porque no he de creerle...

Serafin. Pues bien! accede usted á oír esta noche mi justificacion en el cuarto de Adolfo, su primo?

Eloisa. No viven ustedes juntos?

Serafin. Qué importa? Todos estarán en el baile... y el mas profundo misterio...

Rosa. (*Aparte.*) Una cita! Bueno es saberlo.

Eloisa. Basta, caballero: quiero tomar su proposicion por una broma, y me retiro. (*Indicándole á Rosa, que está á un lado, y á quien ve de repente.*) Cedo la plaza á esa señorita en quien no habia reparado, y que quisiera verme ya muy lejos á juzgar por su impaciencia. (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA XII.

DON SERAFIN. ROSA.

Rosa. (*Puesta en jarras.*) Qué te a ele tal, señor don Serafin? (*Arrancándole el medallon de las manos.*) Qué significa este camafeo?

Serafin. (*Aparte.*) El diablo cargue contigo!

Rosa. No oye usted, señor militar! qué es esto?

Serafin. No lo ves? un retrato.

Rosa. Ya veo que es un retrato... y un retrato de mujer, hombre pérfido! Digo! un retrato con faldas cuando me habia ofrecido casarse conmigo!

Serafin. Te lo he ofrecido y te lo sigo ofreciendo... y te lo ofreceré siempre... aunque bien pensado valiera mas no casarse nunca.

Rosa. Cómo?

Serafin. Ya ves tú, mujer, yo fumo mucho, y á ti nó te gusta el olor del tabaco; me gustan las disputas; tengo el genio violento; en fin, vas á ser desgraciada conmigo, y te quiero demasiado para causar tu desgracia.

Rosa. Y si yo quiero ser desgraciada? y si mi felicidad

consiste en ser desgraciada? diga usted mas bien que ha cambiado de opinion por causa de este mamarracho, (*Mostrando el medallon.*) y de la señora de don Pantaleon. Ay!... Ya veo que ahora necesita usted mujeres casadas!...

Serafin. Vaya si las necesito!

Rosa. Qué?

Serafin. No... me he equivocado... te juro que solo amo á tí, á tí como á las telas de mi corazon.

Rosa. Si, á mí como postre...

Serafin. Pues mujer, los postres no son despreciables!...

Rosa. Enamorado de tres mujeres á un tiempo! Y no hay leyes que castiguen estas bigamias!... Para qué sirven las Córtes! Si yo fuese el gobierno!

Serafin. Mira, no hablemos de política; en primer lugar, ese retrato no es mio...

Rosa. Ya lo veo...

Serafin. Quiero decir, que no me pertenece... es de Adolfo.

Rosa. De veras?

Serafin. Palabra de honor!

Rosa. Entonces, por qué está en las manos de usted?

Serafin. Adolfo me ha rogado que se lo devuelva esta noche á una jóven que se lo ha reclamado...

Rosa. (*Aparte.*) Aquí hay gato encerrado! (*Alto.*) Y usted irá?

Serafin. Se lo he prometido...

Rosa. (*Aparte.*) Por si mientes, yo te obligaré á quedarte. (*Riendo con estrépito.*) Ja... ja... ja...

Serafin. Calle! ahora se rie!...

Rosa. Ja... ja... ja... Pobre don Serafin... ja... ja... ja... tome usted... tome usted su medallon, (*Se lo dá.*) y sobre todo, no olvide usted el encargo! ja... ja... ja...

Serafin. Pero qué significa?...

Rosa. Significa que estoy vengada de la inconstancia de usted, y me rio de todo corazon... Con que usted dá citas á doña Eloisa? muy bien!... (*Movimiento de don Serafin.*) no lo niegue usted, porque lo he oido todo... pero el señor don Adolfo le imita á usted... no es insensible á la belleza del idolo de usted, pero le gana á usted en travesura; usted le estorba, y por eso le envía á pasear á fin de recibir á la damisela

mientras que usted está fuera. A pillo, pillo y medio.

Serafin. Como! Adolfo está enamorado?

Rosa. De su prima. Pero si lo sabe todo el mundo!

Serafin. No es posible! y si fuese... Esto pasaria de una broma, y juro al diablo!

ESCENA XIII.

DICHOS. DON GREGORIO, que pasa por el fondo con una porcion de platos.

Rosa. No quiere usted creerme? (*Viendo á don Gregorio.*) Justamente viene ahí mi aliado. Señor don Gregorio?

Gregorio. (*Adelantándose.*) Hija mia?

Rosa. Responda usted francamente: de quién está enamorado don Adolfo?

Gregorio. No sé si debo...

Rosa. Puede usted hablar delante de don Serafin... se lo he revelado todo...

Gregorio. Pues si lo sabe todo...

Rosa. Es lo mismo, dígalo usted.

Gregorio. Es una cosa tan delicada... (*Yendo á poner los platos sobre una mesa, y mirando por la puerta izquierda, que ha quedado abierta.*) Aquí llega don Adolfo... dando el brazo á su prima, y en el modo con que hablan juntitos, es fácil adivinar...

Serafin. (*Que ha ido al fondo muy de prisa.*) Con que es cierto!... Adolfo ha querido ponerme en ridiculo á los ojos de los oficiales...

ESCENA XIV.

DICHOS. DON ADOLFO, dando el brazo á ELOISA, y entrando los dos por la izquierda. CAROLINA, saliendo de su cuarto.

Serafin. (*A don Adolfo.*) Dos palabras, caballero!
(*Don Adolfo deja el brazo de Eloisa.*) Señor don

Adolfo, esto no puede pasar así!... Lo sé todo! Conozco á la mujer á quien usted ama...

Adolfo. Mas bajo!... Si el marido te oyesel...

Serafin. El marido! bien sabe usted que no está aquí.

Adolfo. (*Designando á don Gregorio.*) Si está... miralo.
Serafin. Qué es lo que dices?... con qué ese es... (*Tá-
 rárreundo.*)

Pobe neguito,
 qué tiste está,
 tabaja mucho,
 y no gana ná...

Rosa. (*Aparte.*) Por qué estará tan alegre?

Eloisa. (*Aparte.*) Observemos.

Adolfo. (*Bajo á don Serafin.*) Entreten á don Grego-
 rio... necesito hablar á su mujer.

Serafin. (*Toma de la mano á don Gregorio, y señalando
 á Eloisa.*) Diga usted, don Gregorio, cómo des-
 cubrió la cosa?...

Gregorio. (*Idem.*) Oh!... tengo yo un ojo! Se me puso
 aquí (*Señala á la frente.*) que estaban en trapicheo...

Serafin. Sí! Y lo que á usted se le pone ahí no se le
 pone á nadie...

Gregorio. A nadie!... tengo eso orgullo!... (*Don Adol-
 fo ha ido al lado de Carolina, con la cual habla ba-
 jo.* *Eloisa les observa.*)

Serafin. (*A don Gregorio.*) Lo que me dá mucha lástima
 es el marido! Usted debia prevenirle por espíritu
 de corporacion!

Gregorio. Y á mí qué me importa?... El marido que ha
 nacido para víctima, que se aguante.

Eloisa. (*Pasando al lado de don Adolfo y Carolina.*)
 Qué estan ustedes hablando?

Rosa. (*Aparte.*) Tiene celosias!

Adolfo. La señora me decia que no podia ir al baile esta
 noche, en atención á que está algo indispueta.

Gregorio. (*Aparte.*) Qué felicidad! Estaré libre!

Carolina. Sí, necesito descanso.

Eloisa. (*Aparte.*) Indisposicion que parece cita.

Rosa. (*A don Serafin.*) Está usted convencido ahora de
 que los primos se hacen tilin?

Serafin. Ba! eso salta á la vista. (*Aparte.*) Qué tonto
 es para mujer!

Gregorio. (*A Rosa.*) Rosita de este capullo, parece que
 mi mujer no irá al baile... Si la felicidad quisiese que
 mi compañía fuese á usted agradable?

Rosa. Afuera carcamales.

ESCENA XV.
DICHOS. DON PANTALEON, entrando por el fondo.

Pantaleon. (A Rosa.) Rosita, gracias á Dios que tropiezo con usted... (Viendo á su mujer.) Cielos! mi mujer! Disimulemos. (Alto.) Querida amiga, venia.

(Aparte.) Con tal de que no diga alguna sandez...

Eloisa. (Aparte.) Mi marido! qué contratiempo!

Gregorio. (Con malicia, y mostrando don Pantaleon á don Serafin.) Ese es el victima!

Serafin. Ese?...

Gregorio. Es preciso confesar que tiene un busto á propósito.

Adolfo. No olvide usted su promesa.

Eloisa. Si yo pudiera saber...

Adolfo. He tenido el cuidado de alejar á Serafin; mientras que su marido de usted está en el baile, esta noche á las nueve la espero á usted en mi cuarto.

Eloisa. (Aparte.) En su cuarto! Qué imprudencia! yo estaré al mismo tiempo que ella!

Serafin. Espero, señora, que no me guardará usted rencor, y que creará que no hago caso de Rosa?

Rosa. (Aparte.) Me han nombrado! Atención! (Escucha.)

Eloisa. Señor don Serafin, esté usted esta noche en su cuarto á las nueve; tengo que hablarle. (Aparte.) Yo te salvaré, Carolina!

Serafin. Señora... (Aparte.) Voy á reventar de gusto.

Rosa. Qué descaro! Ella misma le pide cita! yo me vengaré...

Pantaleon. Ha recibido usted mi papelito, remonónisima?

Rosa. Sí.

Gregorio. Será usted siempre inhumana, lucero?

Rosa. Veremos!

Pantaleon. Y la respuesta?

Rosa. La respuesta? (Aparte.) Qué idea! mientras que la mujer va en busca de don Serafin, si yo llevase al marido allí mismo!

Gregorio. Despliega esos corales, querubin!

Rosa. Concedido.

Gregorio. (Aparte.) Concedido.

Pantaleon. Concedido!... y el lugar de la cita?

Rosa. A las nueve en el cuarto de don Serafin.

Gregorio. En casa de don Serafin! Bravo!

Adolfo. (A Carolina.) A las nueve.

Carolina. Si.

Eloisa. (A don Serafin.) A las nueve.

Serafin. Bueno.

Rosa. (A don Pantaleon.) A las nueve.

Pantaleon. Bien.

Gregorio. (Aparte.) A las nueve!... no faltaré!... (Don Pantaleon coge el brazo de su mujer, y don Serafin el de Eloisa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon; puerta al fondo y laterales en primer término. La puerta de la derecha dá al cuarto de don Serafin, y la de la izquierda al de don Adolfo. En el fondo, á la derecha, un armario practicable. En el ángulo de la derecha un biombo. En el fondo, á la izquierda, un baul grande; á la derecha, en primer término, una mesa; á la izquierda, y en primer término tambien, un velador.

ESCENA PRIMERA.

DON ADOLFO. *Despues* DON SERAFIN.

Adolfo. (Solo, saliendo de su cuarto.) Las nueve menos cuarto!... Serafin debe estar ya lejos, y... (Viendo á don Serafin, que sale de su cuarto con el cinturon y el sable en la mano.) Qué es eso? No te has ido todavía?

Serafin. Parece que no!

Adolfo. Qué cachaza! Celestina me espera á las nueve en punto, y tú me habias ofrecido...

Serafin. No me darás tiempo para vestirme?

Adolfo. Despáchate con mil de á caballo!

Serafin. Ba! no es cosa tan urgente un rompimiento!

Adolfo. Al contrario: esas cosas no deben dejarse enfriar nunca!

Serafin. Si fuese una nueva intriga, un corazón flameante que convertir, comprenderia tu impaciencia, pero un rompimiento... (Aparte.) Necesito alejarle. (Alto.) A propósito, no me hablaste antes de ayer de una nueva conquista? de una cita de amor? Creo que

es para las nueve, y estás todavía aquí!... Eso sí que es imperdonable!

Adolfo. Dispongo aun de un cuarto de hora.

Serafin. No importa! el reló de un amante debe estar siempre adelantado, y el tuyo retrasa.

Adolfo. Sé bien la hora que es.

Serafin. Corriente; pero te advierto que yo no saldré hasta tanto que tú no hayas vuelto la espalda.

Adolfo. Bien, hombre, te complaceré... Ya salgo...
(*Aparte.*) Llego á la esquina y vuelvo... (*Sale por el fondo.*)

ESCENA II.

DON SERAFÍN.

Bravo! Ya soy dueño de la plaza... y que me cueste tanto como Sebastopol... Ya son las nueve menos cinco!... No hay tiempo que perder. Despleguemos todos mis medios de seducción... (*Yendo á tomar del armario un pastel y una botella de champaña que pone sobre la mesa de la derecha.*) Un pastel y una botellita de champaña! Tal vez sea demasiado para una primera cita con una mujer casada... ¡Ba! en un día de baile!... Esto se recibe bien siempre!... Regla general: para poner en derrota el corazón de una mujer, es preciso ocupar su estómago.—Ea! Ahora esperamos... (*Se sienta.*) Este es el lado malo de las citas; siempre hay uno que espera al otro...

ESCENA III.

DON ADOLFO. DON SERAFÍN.

Adolfo. (*Entrando con un pequeño envoltorio debajo del brazo.*) Hé dejado á Serafin el tiempo necesario para marcharse, y vuelvo... (*Viéndole.*) Aquí todavía?

Serafin. (*Levantándose.*) Cómo! Ya has vuelto?

Adolfo. (*Limpiándose la frente con un pañuelo.*) Deje olvidado el pañuelo...

Serafin. Pues no lo tienes en la mano?

Adolfo. Calla! es verdad! (*Aparte.*) Si habrá olido algo?

Serafin. (*Aparte.*) Si tendrá sospechas?

Adolfo. Yo soy el que huelo. Qué es eso? Un pastel y una botella de champaña!...

Serafin. Y tú qué es lo que traes ahí? (*Coge el paquete y lo abre.*) Otro pastel!... Un matrimonio! (*Se lo devuelve á don Adolfo, que lo pone en la mesa con su botella.*)

Adolfo. Sé franco conmigo, Serafin; tú esperas á alguien? A Rosa tal vez?... Bien puedes hacerme el sacrificio...

Serafin. Rosa? No pondrá los pies aquí esta noche; le gusta demasiado el baile para dejarlo.

Adolfo. Es preciso que uno de los dos ceda el puesto al otro, y no seré yo ciertamente.

Serafin. Ni yo tampoco.

Adolfo. Serafinito, sé amable... déjame solo... ella va á venir, porque mi cita es para las nueve.

Serafin. La mía también es para las nueve, y no la de-jo enfriar... el amor es como las viandas... en enfriándose no sirve.

Adolfo. Voto va! Oigo ruido en la escalera!

Serafin. (*Vivamente.*) Debe ser para mí.

Adolfo. No lo creas: es para mí.

Serafin. Repito que es para mí.

Adolfo. El corazon me lo dice.

Serafin. Quiero servirme; me entro en mi cuarto, pero si es para mí tú haras otro tanto?

Adolfo. Palabra de honor! (*Se oye un campanillazo.*) Han llamado! (*Empujándole.*) Vete!... y cierra bien la puerta!

Serafin. (*Aparte.*) Mañana me mudo á un cuarto solo. (*Entra á la derecha. Durante este aparte, don Adolfo ha ido á abrir la puerta del fondo; Carolina aparece.*)

ESCENA IV.

DON ADOLFO. CAROLINA.

Adolfo. Al fin, idolatrada Carolina, esta usted a mi lado!... Pero á qué viene ese aire triste y preocupado?

Carolina. Señor don Adolfo, nunca debí traspasar estos humbrales... pero he querido cumplir mi promesa...

Adolfo. Angel de mi vida!... (*Aparte.*) Ya se ablandó *Carolina.* Como lo vi á usted tan abatido, tan malo!..

Adolfo. Oh! no sabe usted todo lo malo que estoy!..

Carolina. Creí que yo podría aliviarle!..

Adolfo. Y vaya si puede usted!... Alivieme usted pronto! alivieme usted!..

Carolina. No... no... he reflexionado despues... *Adolfo.* Señora!..

Carolina. Conozco á la jóven con quien va usted á casarse, y no debe despreciar!..

Adolfo. Qué me importa á mí esa jóven cuando mi razon es de otra? Usted con su preciosa boca me ha dicho que me amaba, y no renunciare á tanta felicidad! nunca! nunca!

Carolina. Basta, caballero! (*Se oye un campanillazo.*)

ESCENA V.

DICHOS. DON SERAFIN.

Serafin. (*Saliendo muy de prisa de su cuarto.*) Han llamado... y es para mí.

Carolina. (*Bajando los ojos.*) Don Serafin aquí!

Serafin. Nada he oido, señora... soy algo sordo!

Adolfo. Vete, hombre, si no han llamado.

Serafin. Te digo que han llamado... No soy sordo! (*Nuevo campanillazo.*) Lo oyes? se impacientan!..

Carolina. Dios mio! no puedo salir... Ocúlteme usted por favor!...

Adolfo. Métase usted ahí en mi cuarto.

Carolina. No... en el del señor don Serafin... y si me ama usted, Adolfo, no me siga.

Adolfo. Carolina de mis ojos!..

Serafin. Bueno, bueno!... ya suspirarás despues... ahora me toca á mí. (*Carolina entra á la derecha, y*

Adolfo á la izquierda.)

Carolina. (*Entrando.*) Ah!

Adolfo. (*Idem.*) Oh!!

Serafin. (*Remedándolos.*) Uf!!!

ESCENA VI.

DON SERAFIN. *Después ROSA.*

Serafin. Al fin puedo abrir... cómo me patalea el corazón... (*Abre la puerta del fondo y aparece Rosa. — Aparte.*) Cielos!... Para cuándo son los rayos?

Rosa. (*En traje de baile.*) Buenas noches, señor don Simon.

Serafin. (*Aparte.*) Que no te cogiese el cólera! (*Alto.*) Qué empavesada vienes, mujer? Quieres que te acompañe al baile?

Rosa. Por qué ha tardado usted tanto en abrimé? (*Aparte.*) Ella debe estar aquí!

Serafin. Te diré... estoy algo malo, y descansaba... (*Se sienta á la izquierda.*)

Rosa. (*Fingiendo creerlo.*) Ah! está usted malo? Pobrecito! (*Aparte.*) Pillo! (*Alto, y con voz gachona?*) Con qué está usted malito, hijo mío?

Serafin. Sí... tengo un saratan en esta pierna izquierda... y luego la cabeza... y despues los brazos... No es como tú, que estás fresca como una garrafa de búcaro... Ay! ay! ay!

Rosa. Pues me alegre haber venido, porque así cuidaré á usted... No me separaré de su lado, pobrecito mio... (*Le hace mimos.*)

Serafin. Sigue, sigue, corazón de mi alma... Pero no quiero privarte del baile... Además, voy á acostarme, y no puedo pegar los ojos cuando hay gente á mi lado.

Rosa. Al menos necesito saber si le falta á usted algo...

Serafin. No... creo que no me falte nada...

Rosa. A que no?... Yo veré...

Serafin. (*Poniéndose delante de la puerta de su cuarto de un salto.*) No... no te molestes...

Rosa. Le digo á usted que quiero entrar!

Serafin. Pues yo te digo!...

Rosa. Hola! Está ahí la mocita?

Serafin. Qué mocita, Rosa?

Rosa. Está usted malo y necesita dormir, y una mujer está oculta en su cuarto, y encima de esta mesa hay

preparada una cena! Una cena! No se avergüenza usted?

Serafin. No te sulfures, Rosa, que por poco apretado que tengas el corsé te hará daño...

Rosa. Y me impide usted el paso porque no conozca á mi rivala? Sé quién es! Sé quién es! Es doña Eloisa, la mujer de don Pantaleon!!

Serafin. Rosa, te juro...

Rosa. No jure usted... He oido la cita que ella le dió á usted... pero yo me vengaré! yo publicaré á banderas desplegadas su conducta! se lo diré á todo el mundo! lo pondré en los papeles del público! echaré pregones!!...

Serafin. Si tal hicieses...

Rosa. Y se lo contaré todo al bonachón del marido... Y para que nada esté tapado, sepa usted que va á venir aquí, que le estoy esperando!... (*Aparte.*) He dejado la puerta abierta para que no tenga que llamar!

Serafin. Esto es una infamia! Te digo y te repito que no es doña Eloisa! Quieres saberlo todo? Pues bien! La persona que está ahí ha venido por Adolfo, por Adolfo, lo oyes bien?...

Rosa. Y se ha metido en el cuarto de usted? A otro perro con ese hueso!...

Serafin. Aquí no hay hueso ni perro!

Rosa. Yo no me mamo el dedo!

Serafin. Si yo no te digo que te lo mames, mujer!...

Ya sabes que nõ sé mentir y cuanto te afirmo... (*Viendo á Eloisa que entra.*) Mira y convéncete!

Rosa. (*Aparte sumamente asombrada.*) Doña Eloisa!

ESCENA VII

DICHOS. ELOISA.

Serafin. (*Fingiendo sorpresa, oyendo al encuentro de Eloisa.*) Usted aquí, señora! Qué feliz casualidad?

Rosa. (*Aparte.*) No era ella! No podia presentarme sola en el baile, y, como habia prevenido á mi primo Adolfo, vengo á buscarle... No está aquí?

Serafin. No señora... (*A Rosa.*) Vaya usted á buscarle!

Rosa. Al momentito! (*Se sienta.*) Hasta luego!

Eloisa. (*Aparte.*) Adolfo está ausente y no veo a Carolina!... Respiro! (*Alto á don Serafin.*) Pero no está usted solo... Le incomoda á usted?

Serafin. Señora!... Lo dice usted por Rosita?... Rosita se marcha al momento...

Rosa. (*Aparte levantándose.*) Insolenton!

Serafin. La habia encargado algunos ramilletes para ofrecerlos esta noche á las damas...

Eloisa. Pero en dónde está Adolfo?... No se le ha visto en el baile...

Serafin. Está... creo que está en casa de don Gregorio.

Eloisa. Sí?

Rosa. En casa de don Gregorio?... (*Con escándalo.*) Con que es decir que la persona que está en ese cuchitril ha venido por usted, mal hombre? Y cree usted que esto se va á quedar así?...

Eloisa. (*Vivamente.*) Hay alguno en ese cuarto?

Rosa. Alguno, ó alguna... ó quizás dos algunas, sin contar usted, ni yo tampoco... Este hombre es un bajá de diez colas!!!

Serafin. Rosita! (*Bajo.*) Calla, harpía! (*Alto.*) Señora, no la crea usted. Si hay una mujer oculta en ese cuarto no es por mi cuenta...

Eloisa. Hay una mujer, dice usted? Cómo se llama?

Pantaleon. (*Fuera.*) Don Serafin, soy yo!... Pantaleon!...

Eloisa. Cielos! la voz de mi marido! no abra usted!...

Rosa. (*Aparte.*) Quién me compra un lio?

Serafin. Señor don Pantaleon, estoy acostado... acabo de dormirme...

Pantaleon. Mentira! Le estoy oyendo á usted andar...

Echaré abajo la puerta! (*Llama violentamente.*)

Eloisa. (*Asustada.*) Dios mío! En dónde me ocultaré?...

(*Se dirige al cuarto de Adolfo.*)

Serafin. (*Deteniéndola.*) No... ahí no... (*Aparte.*) Que

se aguante doña Carolina! (*Alto, indicando su cuarto.*) en donde está Carolina.) Aquí!... Hallará usted

conocidos!...

Eloisa. (*Entrando.*) Mi honor está en sus manos de usted...

Serafin. (*Seguiéndola.*) En buenas manos anda el pan-

adero...

Rosa. (*Mirando entrar á Eloisa y viendo á Carolina.*)

Qué veo! Doña Carolina!

Serafin. (*Cerrando la puerta por donde entró Eloisa.*)

Y van dos! Pues si viene una tercera, no sé dónde meterla!... Adelante, señor don Pantaleón!

ESCENA VIII.

ROSA. DON PANTALEON. DON ADOLFO, *saliendo de su cuarto.* DON SERAFIN.

Pantaleón. Por qué diablos no abría usted?

Serafin. Porque... porque...

Adolfo. (*Saliendo.*) Porque yo se lo habia prohibido; estoy algo malo y descansaba...

Rosa. (*Aparte.*) Si estarán todos malos hoy?

Pantaleón. Ba! Pues si está usted famoso!... (*Pulsándole.*)

El pulso está en caja! Nada! En vez de estarse

usted aquí lleno de aprensiones, vaya á buscar á su

novia Conchita y á mi mujer que le estan esperando...

Deben impacientarse... Además, hoy no permito á nadie que se ponga malo... mañana es diferente...

Adolfo. (*Bajo á Serafin.*) Se fué Carolina?

Serafin. (*Idem.*) Todavía no. (*Señalando á su cuarto.*)

Sigue allí!

Adolfo. (*Aparte.*) Qué contratiempo!

Pantaleón. (*Bajo á Rosa.*) Aquí me tienes, sirena, fiel

á la cita! No habiendo parecido por el baile Serafin y

Adolfo, he pensado que estarian aquí, y he venido

para que evacuen la plaza. (*Suspirando estúpidamente.*) Ah!

Adolfo. Hay ya mucha gente en el baile?

Pantaleón. Mas que cabe! Pero lo mas divertido es el

pobre de don Gregorio que ha perdido su mujer...

Ella decia que estaba mala...

Rosa. (*Aparte.*) También ella! Si será la epidemia?...

Pantaleón. Y parece que la buena señora no ha encontrado mejor remedio que tomar el aire.

Adolfo. Don Pantaleón, qué lenguaje es ese? Cuando se trata de una mujer tan inocente...

Pantaleón. Yo no digo que sea culpable. Parece solamente que al salir llevaba el velo echado y que iba

andando muy de prisa, como una persona que va de ocultis.

Serafin. La ha visto usted?

Pantaleon. Lo sé de buena tinta... lo sé por Meliton el zapatero; y á propósito de Meliton, este hombre es mas testarudo que un aragonés... al pasar por su puerta entré para decirle que las botas que me habia enviado me lastimaban espantosamente... Creerá usted que he tenido que incomodarme para convencerle de que era él quien me las habia enviado?

Serafin. Pero se ha convencido?

Pantaleon. A la fuerza! Yo estaba muy seguro de ello...

Como que me lo habia dicho mi mujer...

Serafin. Ya!...

Adolfo. Pues!...

Pantaleon. Pero nos estamos charlando y el baile solo...

(*Bajo á Rosa.*) Vuelvo! (*Alto.*) Vamos, don Serafin... embargo el brazo de usted... Señor don Adolfo, sirvanos usted de descubierta...

Adolfo. (*Aparte.*) Imposible negarme... Y qué va á ser de Carolina?...

Serafin. (*Aparte.*) Picaro Pantaleon! No hay medio de tener una entrevista con su mujer!... Es capaz de escurrirse mientras yo estoy ausente... Oh! qué ideal! La voy á dejar bajo llave!... (*Alto á Rosa.*) Vienes, Rosa?

Rosa. Vamos! (*Bajo á don Pantaleon.*) Me quedo! (*Se oculta detrás del biombo.*)

Pantaleon. (*Aparte, habiendo visto el movimiento.*) Se queda! Me ha comprendido!

Serafin. En marcha! (*Buscando á Rosa con la vista.*) En dónde está Rosa?

Pantaleon. Va delante. (*Salen todos menos Rosa. Se oye el ruido de la cerradura.*)

ESCENA IX.

ROSA. CAROLINA. ELOISA.

Rosa. (*Saliendo del biombo y abriendo la puerta del cuarto de don Serafin.*) Salgan ustedes, señoras...

Carolina. Dios mio!

Eloisa. Huyamos antes que vuelvan.

Rosa. Y por dónde, si la puerta está cerrada?

Carolina. Cerrada! Y mi marido que me busca!

Eloisa. No ocultes tu amor por Adolfo; y sabe que si estoy aquí, si he aceptado la cita que me ha dado don Serafin, es para protegerte y salvarte.

Rosa. (Aparte.) Será verdad?

Carolina. Y si tu marido supiese...

Eloisa. Tú has olvidado al tuyo por un mal pensamiento, bien puedo yo olvidar al mio por uno bueno.

Rosa. Pues esta es buena!... Yo soy la causa de todo este trabajo porque creí que ustedes iban de mala fé!...

Eloisa. Qué quiere usted decir?...

Rosa. Que al oír que usted pedía una cita á don Serafin, y al saber la historia de ciertas botas, se me subió la sangre á la cabeza y me aproveché de la ocasión de vengarme que me ofreció don Pantaleon.

Eloisa. Cómo? Mi marido...

Rosa. Me hacía el amor y yo no le escuchaba, porque como es tan feo... En fin, sepan ustedes que va á venir al momento; le concedí esta cita con intencion de hacer descubrir á ustedes...

Eloisa. Gran Dios!

Rosa. No importa... Se me ha puesto aquí salvar á ustedes, y lo lograré... no sé cómo... pero lo lograré.

Carolina. (A *Eloisa.*) Pobre amiga! te vas á ver comprometida por causa mia...

Eloisa. No se trata de mí.

Rosa. (Prestando el oído.) Dios mio! Oigo ruido!... meten la llave en la cerradura...

Eloisa. Eche usted el cerrojo!

Rosa. No le hay. (Poniéndose delante de la puerta y gritando.) Quién va?

Pantaleon. (Fuera.) Soy yo!... tengo la llave!...

Rosa. (A las dos.) Ocúltense ustedes!... (Carolina entra á la izquierda y *Eloisa* á la derecha.) Yo detengo la puerta. (A don *Pantaleon.*) No entre usted, que me estoy vistiendo...

Pantaleon. Me es igual... es decir, no me es igual... al contrario... (Empujando la puerta y entrando.) Necesita usted una doncella?

Rosa. (Aparte viendo que se cierran las puertas de Eloísa y Carolina.) Ya era tiempo!

ESCENA X.

ROSA. DON PANTALEÓN.

Rosa. Qué diablos quiere usted? Lárguese pronto!

Pantaleón. (Trae una botella debajo de cada brazo, y un paquete envuelto en la mano.) Que me largue, cuando para llegar hasta tu lado he estraído esta llave del bolsillo de don Adolfo!... Desembarázame pronto de estas dos pistolas que he comprado para ti.

Rosa. (Aparte lomando las botellas, que pone sobre el velador.) Y ahora me tutea!...

Pantaleón. Son Pajarete y Jerez... No te gusta?

Rosa. Pero oiga usted?... En qué hodegon hemos comido juntos?

Pantaleón. Tontona!

Rosa. Miren cómo se le cae la baba!...

Pantaleón. Chica, vamos á lo positivo... (Le dá el paquete que trae debajo del brazo.)

Rosa. Y qué es esto?

Pantaleón. Un marranillo relleno... Abre! abre!

Rosa. Canastos! Un par de botas!

Pantaleón. Qué?

Rosa. (Aparte.) Las del balcon... que buscan á su dueño. (Las tira á un lado.)

Pantaleón. Perdoname... pero ya sé lo que es... Venía con el marranillo muy de prisa, porque el diablo de las botas me molestaban, cuando el dolor me inspiró una idea. Entré en la tienda de mi zapatero con el comestible, que puse sobre el mostrador, y me calcé un par de zapatos muy anchos, encargando al maestro que me enviase las botas á casa... y sin duda equivoqué los paquetes y tomé las botas dejando allí el marranillo... pero no importa... con tal de que no haya enviado el animalito á mi domicilio... Acaso sea tiempo aun y corro... (Al correr pierde un zapato. Vuelve.) Dale bola!... (Calzándose el zapato.) Y estos no me incomodan... Vuelvo al momento con mi marranillo, remononísima! (Sale.)

Rosa. (Sola.) Al fin estoy libre! Lo esencial es que la puerta esté abierta, y así podrán escaparse las dos prisioneras. (Carolina y Eloisa aparecen con la intención de escaparse, y vuelven á esconderse al oír á don Pantaleon.)

Pantaleon (Fuera.) Un cofre!

Las dos. Ah!! (Se esconden.)

Pantaleon. (Entrando en el mayor desorden.) Un cofre! un armario! un agujero!... Ocúlteme usted! ocúlteme usted!...

Rosa. Otrá vez!

Pantaleon. Don Gregorio sube la escalera!... Si me ve, es capaz de contarlo todo á mi mujer!... Ocúlteme usted!... Ah! este biombo!... (Se oculta detrás del biombo.)

Rosa. Si jugaremos mucho tiempo al escondite?

ESCENA XI.

DON GREGORIO. ROSA. DON PANTALEON, detrás del biombo.

Gregorio. Soy yo! He aprovechado la ocasion de que don Serafin mazourka para venir á ver si estaba usted...

Rosa. (Aparte.) Esto nos faltaba!...

Gregorio. Rosa de mi corazon... Perdóneme usted esta flor retórica...

Rosa. Pero y su mujer de usted?

Gregorio. Mi mujer no tiene necesidad de mí... Crei un momento que la habia perdido... pero ya estoy tranquilo porque sé dónde está... He encontrado en mi casa una cartita de la mujer de don Pantaleon...

Pantaleon. (Aparte, sacando la cabeza por encima del biombo.) Me parece que me han nombrado...

Gregorio. A decir verdad, siento que mi Carolina tenga relaciones con la mujer de ese tonto!

Pantaleon. (Aparte.) Tonto! Crei que hablaba de mí!...

Gregorio. Y luego es tan ridiculo ese hombre... Su mujer es tan complaciente y don Adolfo tan seductor...

Pantaleon. (Aparte.) Qué es lo que dice ese serpenton?
Gregorio. Humanízate, adorable florista... (Quiere abrazarla, y Rosa le rechaza.)

Pantaleon. (*Aparte.*) Aprieta!... Con que anda detrás de ella!... Y yo que tenia miedo de él!...

Gregorio. Qué diablos! Comprenderia tus desdenes si yo fuese tan ridiculo como don Pantaleon!...

Pantaleon. (*Aparte.*) Me lo voy á comer vivo!...

Gregorio. Un hombre que es la fábula de todo el mundo... Ahora mismo se estaba hablando de él de un modo... En este momento cree que su mujer está en el baile... y está con su primo el teniente de caballeria...

Pantaleon. (*Saliendo furioso.*) Lengua de harpia! Miserable!! Viejo estúpido!!!

Gregorio. (*Huyendo.*) Perdone usted... No creí que estaba usted ahí... A saberlo, se lo hubiera á usted dicho de otro modo... No me tire usted del fraque!...

(*Rosa los separa.*)

Pantaleon. No soy yo, viejo picaro, eres tú... Pero voy á aclarar el asunto, y si me has engañado, si has calumniado á mi casta Eloisa... si no soy... Ah! habrá sangre! No te digo mas que este monosilabo «sangre!»

Serafin. (*Fuera.*) Adolfo, abre la puerta!...

Gregorio. (*Asustado.*) La voz de don Serafin!...

Pantaleon. Va á encontrarnos con Rosa!...

Adolfo. (*Fuera.*) No sé lo que he hecho de mi llave....

Serafin. (*Idem.*) Espera, aquí tengo la mia.

Gregorio. Sálvese el que pueda! (*Abriendo el cuarto de don Serafin y viendo á Eloisa.*) Ah! La mujer de él!...

Pantaleon. (*Abriendo de su lado el cuarto de don Adolfo para precipitarse en él, y viendo á Carolina.*) Oh! La mujer de él!... (*Se señalan con el dedo los dos riendo á carcajadas.*)

Rosa. La llave anda en la cerradura!...

Gregorio. En dónde me zambullo? (*Viendo el armario.*) Aquí!

Pantaleon. En dónde me oculto? (*Levantando la tapa del baul.*) Cataplum!...

Rosa. (*Viendo entrar á don Adolfo y á don Serafin, y escondiéndose detrás del biombo.*) Dios mio!

BON ADOLFO. DON SERAFIN. ROSA. DON GREGORIO y DON PANTALEON, *ocultos*. CAROLINA y ELOISA, *ídem*.

Adolfo. Calla!

Serafin. Pues los pájaros no han podido volar, porque yo cerré la puerta con llave...

Adolfo. (*Para sí*.) Tal vez en mi cuarto...

Serafin. (*Ídem*.) Acaso en mi cuarto... (*Cada uno de su lado abre la puerta de su cuarto, en cuyo umbral aparecen Carolina y Eloisa*.)

Adolfo. Carolina!...

Serafin. Eloisa!...

Carolina. Adolfo, déjeme usted partir y que mi marido ignore siempre...

Adolfo. Por favor, señora...

Eloisa. (*Saliendo*.) Adolfo, su conducta de usted es indigna, y si su turbacion no me inspirára lástima, iría á contarle todo á la familia de su prometida.

Serafin. Vaya!... Está usted de bromita?...

Eloisa. (*Serriamente*.) En efecto, caballero, dos mujeres comprometidas, perdidas tal vez, es la cosa mas risible del mundo; pero no ofreceremos este espectáculo... (*Saludando*.) Caballero... (*Va hácia la puerta del fondo*.) Ven, Carolina.

Gregorio. (*Abriendo la puerta del armario*.) Uf!... me ahogo! (*Eloisa, que se ha alejado, está oculta á los ojos de don Gregorio por la puerta del armario, de modo que este último no ve mas que á su mujer entre don Serafin y don Adolfo, á quien ella saluda*.—*Cerrando vivamente su armario*.) Oh!

Carolina. (*Que lo ha visto todo, lo mismo que don Adolfo, exclama precipitándose con espanto detrás del biombo*.) Ah!!

Adolfo. El marido!!!

Pantaleon. (*Sacando la cabeza del baul*.) Me sofoco! (*En el momento en que Carolina huye detrás del biombo, Eloisa, asustada, baja muy de prisa á colocarse entre don Serafin y don Adolfo*.—*Don Pantaleon, que cree reconocer á su mujer, cierra violentamente la tapa del baul, gritando*;) Zapateta!!!!

Serafin. (Que ha reconocido á don Pantaleon.) Don Pantaleon!!!! (Se entra precipitadamente en su cuarto, mientras que don Adolfo hace lo mismo.)

Rosa. (Que lo ha observado todo, y llevándose detrás del biombo á Eloisa, que ha quedado sola y aturrida.) Venga usted!... (Se ocultan detrás del biombo.)

ESCENA XIII.

DON PANTALEON. DON GREGORIO.

Gregorio. (Saliendo del armario.) Juraría que es mi mujer la que he visto...

Pantaleon. (Saliendo del baul.) Apostaría á que he visto á mi esposa... Yo creo en la virtud de mi mujer... Vaya si creo! Pero creo tambien que á fuerza de creer en ella voy á concluir por creer que no creo mas.

Rosa. (Saliendo del biombo, que cierra rápidamente, y dirigiéndose á los dos.) Adónde van ustedes, caballeros?

Gregorio. (Aparte.) Ella debe estar oculta en alguna parte.

Pantaleon. (Idem.) En dónde diablos se habrá oculta-do? (Se dirige al biombo; Rosa le detiene.)

Rosa. No me oye usted?... Ay qué caricatura! Ha perdido usted algo?...

Pantaleon. (Bajo á Rosa.) No... pero creo que he visto ahora...

Rosa. (Misteriosamente.) A la mujer de don Gregorio con esos dos señores? Y á usted qué le importa?... Ya se fueron.

Pantaleon. Cómo!... era... Ja! ja! ja!

Rosa. Si... (A don Gregorio, que busca por todas partes.) Y usted qué es lo que busca, amable señor don Gregorio?

Gregorio. (Bajo á Rosa.) Nada... pero me ha parecido reconocer...

Rosa. (Confidencialmente.) A la mujer de don Pantaleon con don Adolfo y don Serafin?... qué le importa á usted?... Ya estan bien lejos de aquí.

Gregorio. Eloisa! De veras?

Rosa. Vaya!

Pantaleon. (*Riendo aparte.*) Ja! ja! ja! Pobre don Gregorio!...

Gregorio. (*Idem.*) Ja! ja! ja! Pobre don Pantaleon!

Rosa. Pero dejemos está. Ustedes dos me aman, no es verdad?

Pantaleon. Como un fumador su cigarro.

Gregorio. Como un cesante su paga.

Rosa. Pues... dénme ustedes una prueba.

Pantaleon. Abra usted la boca.

Gregorio. Qué es preciso hacer?

Rosa. Marcharse al momento.

Pantaleon. Marcharnos, diosa de los jardines?

Gregorio. Antes de saber á quién dá usted el cáliz de su amor?

Pantaleon. Es necesario que elija usted primero.

Rosa. Tan de pronto... delante de dos rivales...

Pantaleon. Qué importa?

Gregorio. No se detenga usted.

Rosa. (*Aparte.*) Qué idea! (*Alto.*) Pero con una condicion... Van ustedes á ponerse un pañuelo en los ojos, y aquel que me coja será el que tenga derecho á llamarse mi vencedor.

Pantaleon. Esto se llama jugar á la gallina ciega...

Gregorio. Esto es romperse la cabeza...

Rosa. (*Bajo á don Gregorio.*) Silencio! Yo haré de modo que sea usted...

Gregorio. (*Idem.*) Comprendido!

Rosa. (*Bajo á don Pantaleon.*) Acepte usted... yo iré á echarme en sus brazos.

Pantaleon. (*Idem.*) Soberbio!

Rosa. Con que estamos convenidos?

Gregorio. Adoptado!

Pantaleon. Corrientes!

Gregorio. Yo me tapo los ojos.

Pantaleon. Y yo también...

Rosa. Poco á poco... Necesito convencerme... (*Enseñándole dos dedos á don Pantaleon.*) Cuántos dedos son estos?

Pantaleon. Veinte y siete.

Rosa. Usted ve... (*Aprieta el pañuelo.*) Ahora usted, don Gregorio. (*Hace lo mismo.*) Es necesario jugar limpio.

Gregorio. Qué oscuridad!

Pantaleon. Qué negro!...

Rosa. A la una! á las dos! á las tres!... (*Aparte.*) Aprovechemos el tiempo! (*Mientras que don Gregorio y don Pantaleon andan á tientas, ella va corriendo al biombo y hace salir á Carolina y Eloisa.*) Pronto! No tienen ustedes tiempo que perder!...

Eloisa. Cómo agradeceremos nunca?...

Rosa. Bien! bien! eso despues... (*En el momento en que las dos mujeres salen por la puerta del fondo, don Pantaleon y don Gregorio tropiezan en un mueble.*) Tocino! (*Aparte.*) Se salvaron! (*En el mismo instante don Adolfo y don Serafin salen de sus cuartos y caen cada uno en los brazos de don Gregorio y don Pantaleon, que los toman por Rosa.*)

Gregorio. (*Apoderándose y besando á don Adolfo.*) Vida mia!

Pantaleon. (*Idem á don Serafin.*) Remonona! (*Se quitan los pañuelos y reconocen su error. — Cuadro.*)

ESCENA XIV.

DON ADOLFO. DON GREGORIO. ROSA. DON PANTALEON. DON SERAFIN.

Serafin. (*Aparte.*) Aplomo!

Adolfo. (*Idem.*) Serenidad! (*Alto.*) Qué quiere decir este lazo?

Serafin. Qué significa esta mascarada?

Pantaleon. (*Temblando.*) Yo venia...

Gregorio. (*Idem.*) Hemos venido...

Rosa. Oigan ustedes el misterio: estos señores sabian, ó creían saber, que cada uno de ustedes hacia la corte á sus mujeres.

Pantaleon. (*Vivamente y bajo á Rosa.*) Eh?

Gregorio. (*Idem.*) Cómo?

Rosa. (*Bajo á los dos.*) Déjenme ustedes... distraigo las sospechas... (*Alto.*) Y han venido á asegurarse por sí mismos de si eran efectivos sus temores.

Adolfo. (*Aparte.*) Lo saben todo!

Rosa. Pero han reconocido su error; se creían engañados por ustedes... han tratado de ver claro... y no

han visto nada... (*Bajo á don Serafin y don Adolfo.*)

Gracias al pañuelo que les tapaba los ojos.

Serafin. (*Bajo á Rosa.*) Comprendo!... Eloisa...

Adolfo. (*Idem.*) Carolina?...

Rosa. (*Idem.*) Volaron.

Serafin y Adolfo. (*Aparte.*) Respiro!

Rosa. Por todo lo cual vienen francamente á pedir á usted mil perdones...

Pantaleon. Sí... eso es...

Gregorio. Con todo nuestro corazon. (*Todos se dan las manos.*)

Pantaleon. (*Aparte.*) Pobrecillo!

Adolfo. (*Idem.*) Pobrecillo!

Gregorio. (*Idem.*) Pobrecillo!

Serafin. (*Idem.*) Pobrecillo!

Rosa. (*Idem.*) Pobrecillos!!

Adolfo. Ea! Pues vámonos todos del brazo al baile...

Rosa. Y nos vamos sin despedirnos... (*Dirigiéndose á don Adolfo.*) Eso le toca á don Adolfo.

Gregorio. (*Adelantándose hácia el público.*) Y si no...

Adolfo. Bien... usted por mí...

Pantaleon. (*Separando á todos.*) Pero, señores...

Rosa. (*Retirándolo de un empellon.*) Silencio!!

Pantaleon. (*Muy furioso, resistiendo la oposicion que le hace, para que no hable, Rosa.*) Señores, que no voy á decir ninguna atrocidad para que así se me prive del derecho de hablar...

Adolfo. Hable usted.

Serafin. Con tal de que sea breve...

Pantaleon. Todos vamos á salir,

y por esto no concibo

por qué razon ó motivo

nos hemos de despedir.

Serafin. Basta!

Rosa. Quiere usted callar!

Pantaleon. (*Con voz estentórea para hacerse oír de todos.*)

Pero por Dios Trino y Uno,

si no hay de fuera ninguno...

Adolfo. No hay palabra!

Serafin. No hay que hablar!

(*Todos se apoderan de don Pantaleon para que no ha-*

ble: unos le tiran de los brazos y otros de los faldo-
nes del frac: él se defiende del mejor modo posible,
pero al fin demuestra por señas resignarse á guardar
silencio.)

- Carolina.* (Con galantería.)
Como justicia debida
al que nuestra dicha labra...
- Eloisa.* (Con la misma galantería.)
Damos á usted la palabra
para hacer la despedida.
- Adolfo.* Y yo tan grata merced
cumpló con galantes modos,
por ser encargo de todos...
y especialmente de usted.

(Al público.)

El traductor no se irrita
si la suerte le es menguada,
mas dice que necesita,
si no ha gustado... una grita;
si ha gustado... una palmada.

FIN DE ESTE JUGUETE.

18
A. J. ...
...

...

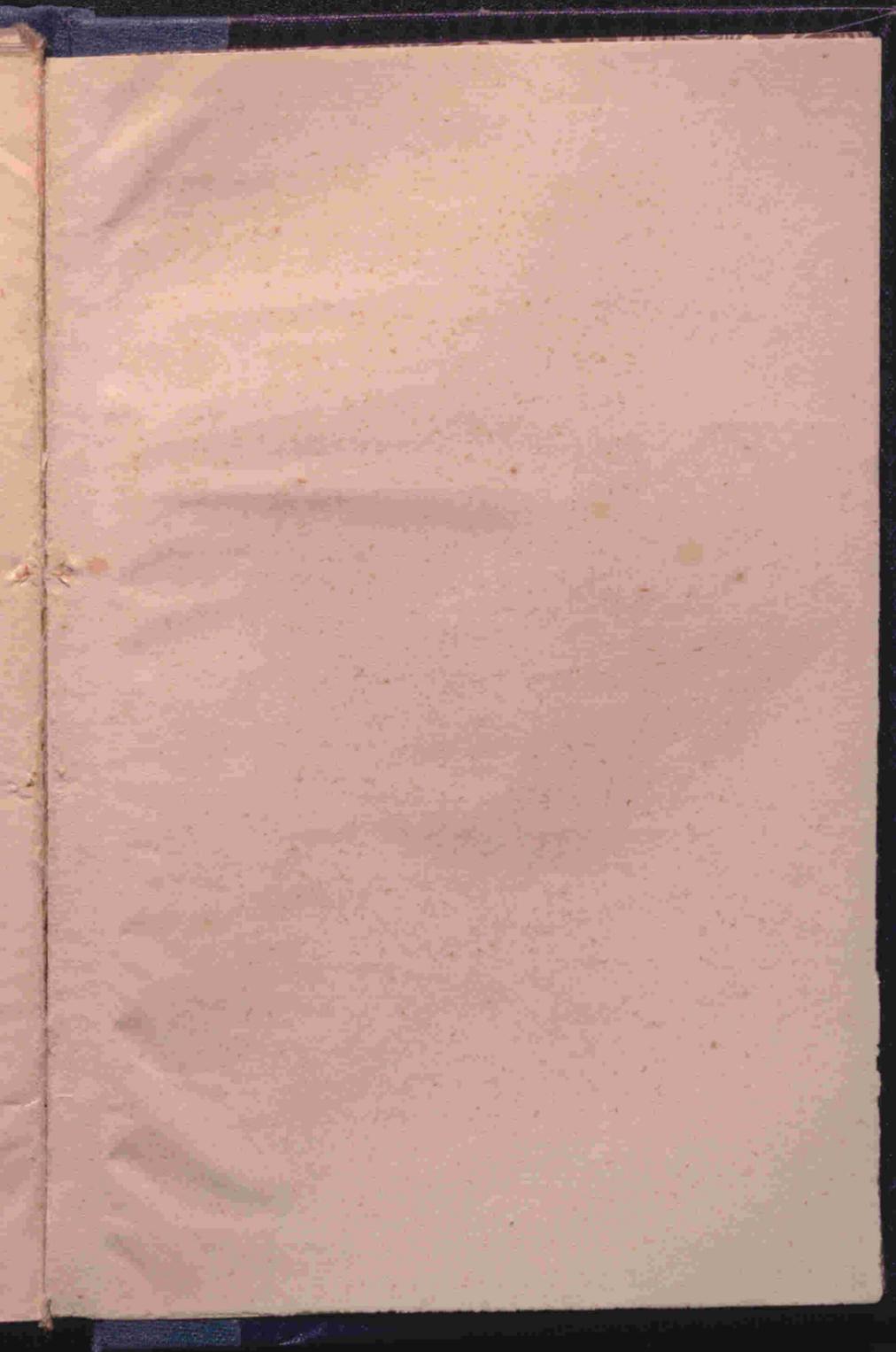
REV. J. J. ...

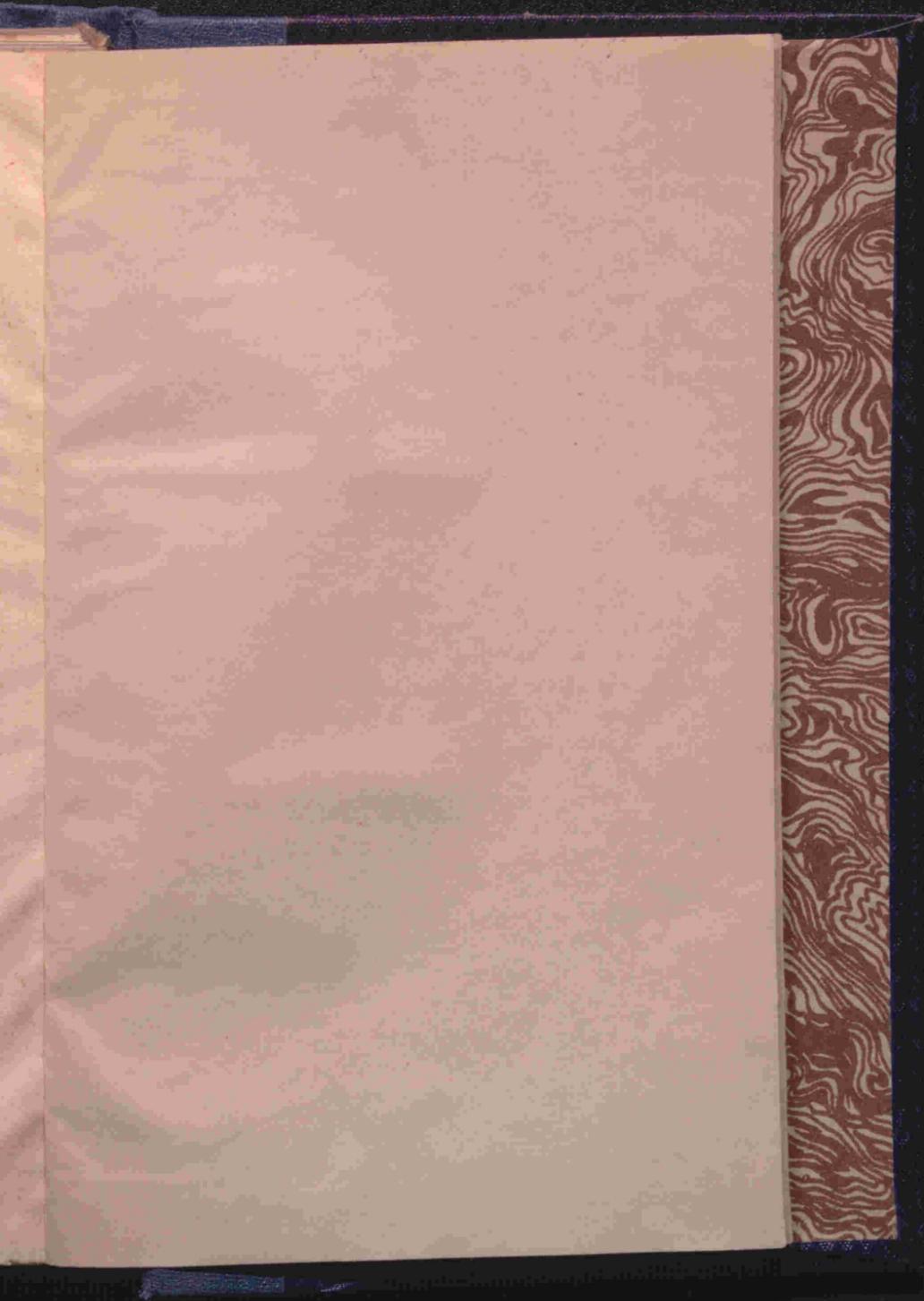
...

...

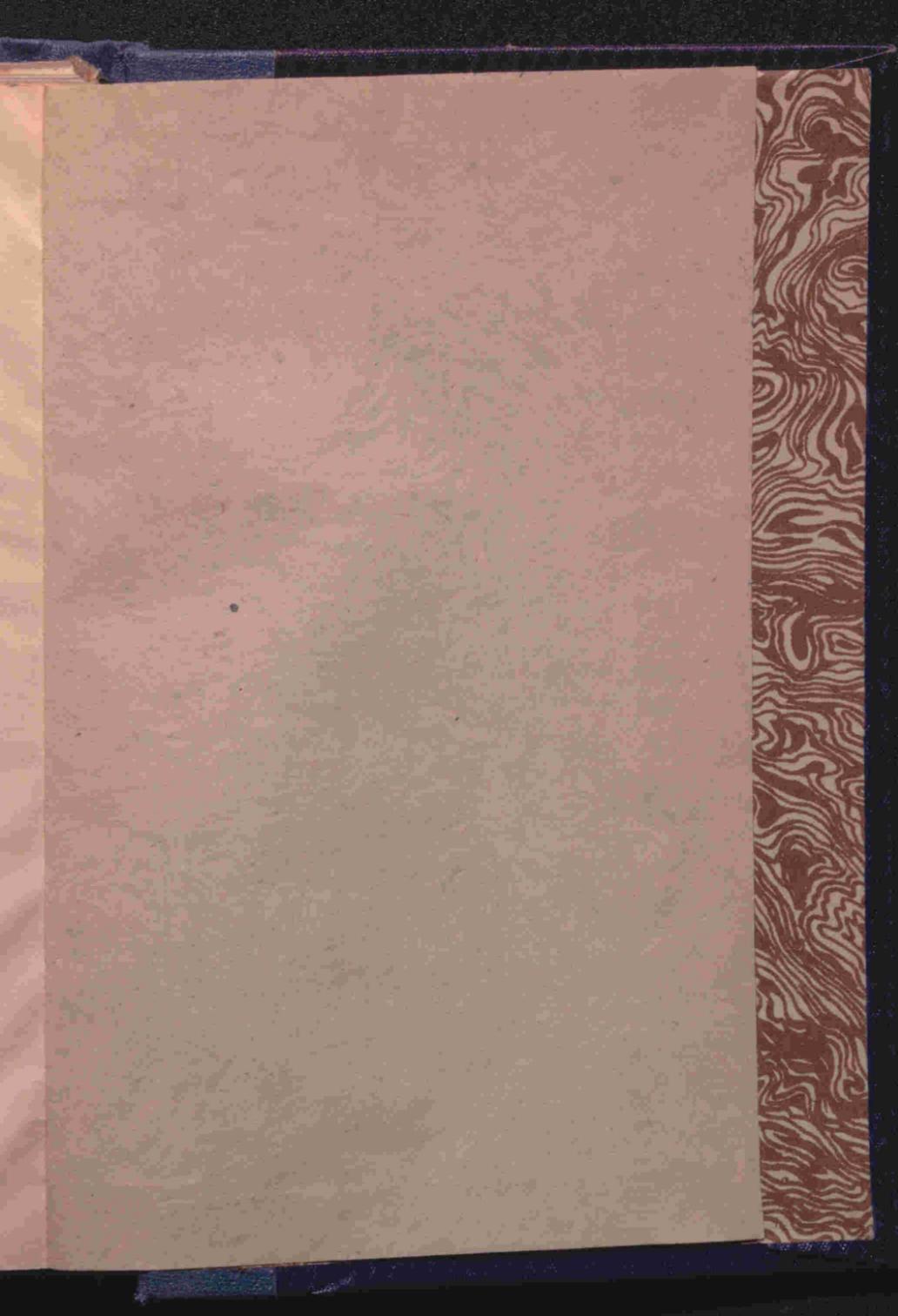
...

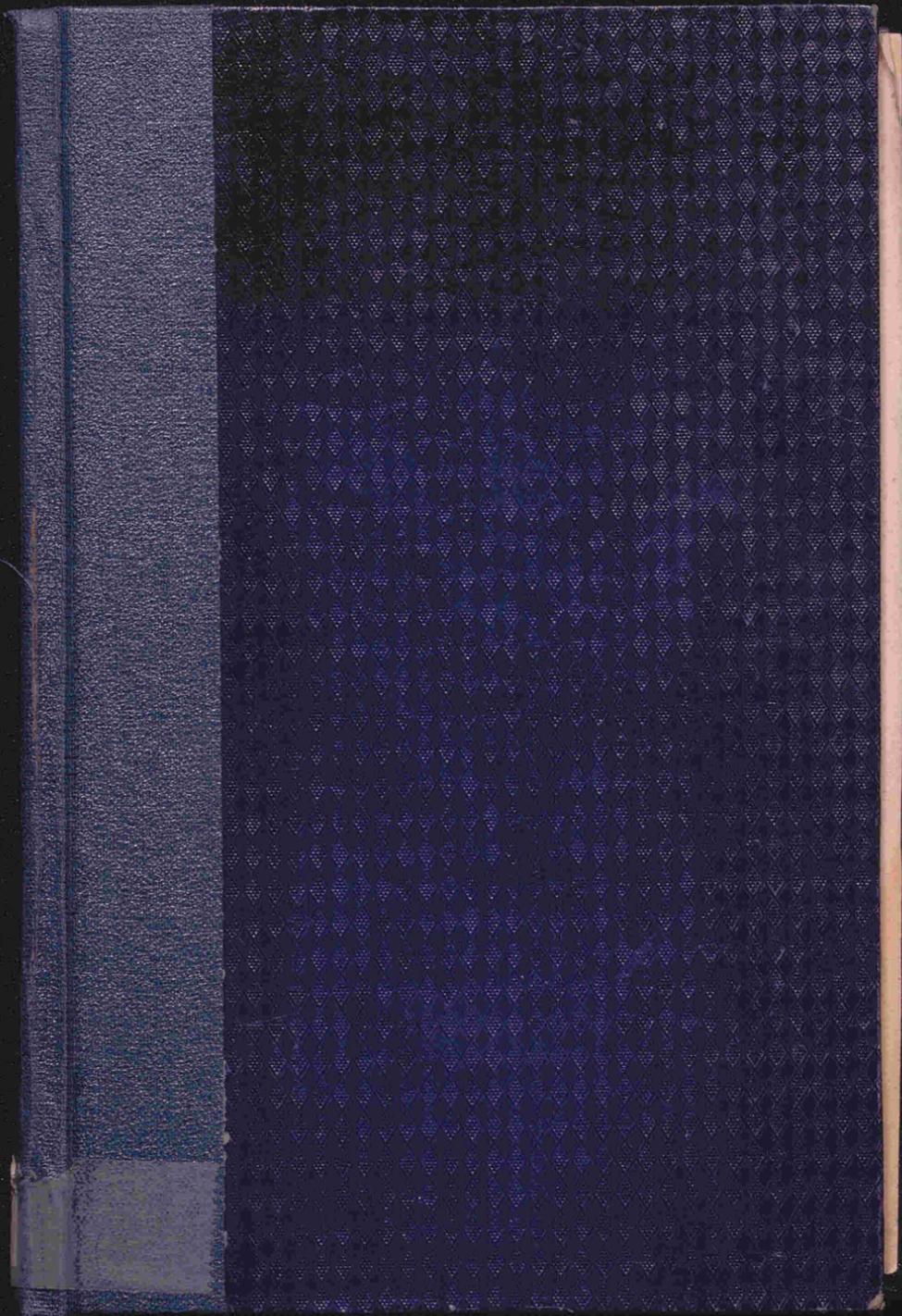
...







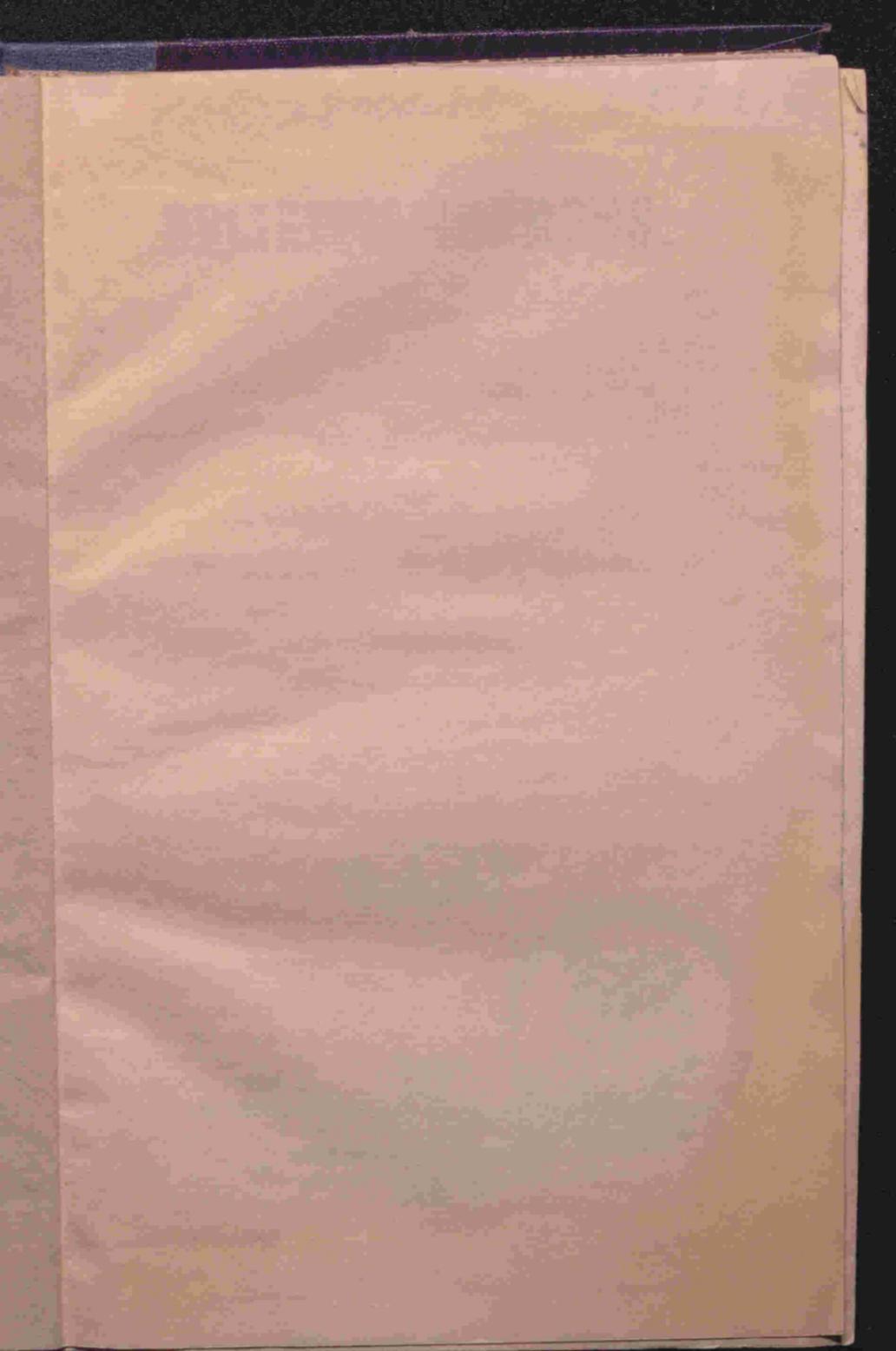




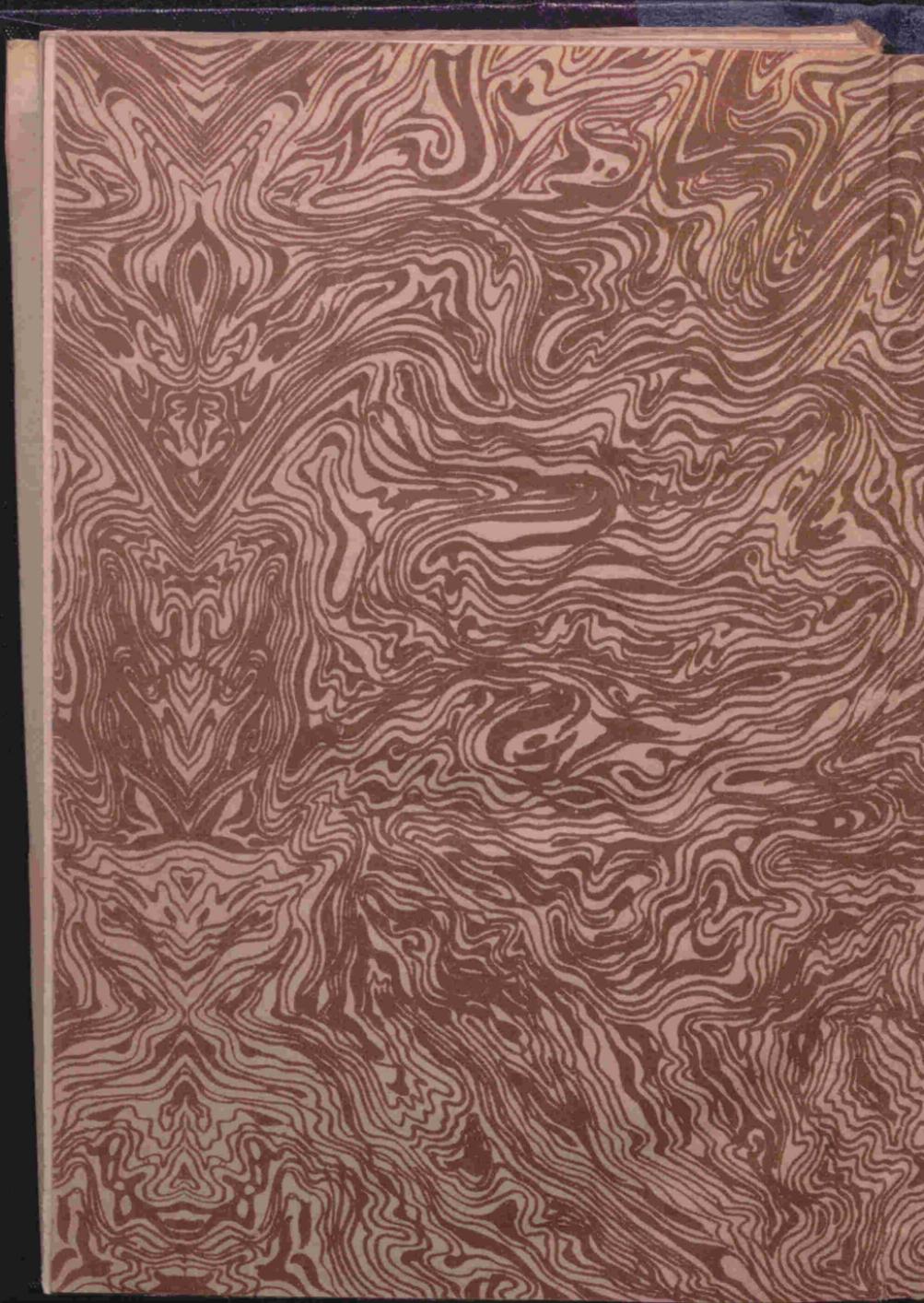


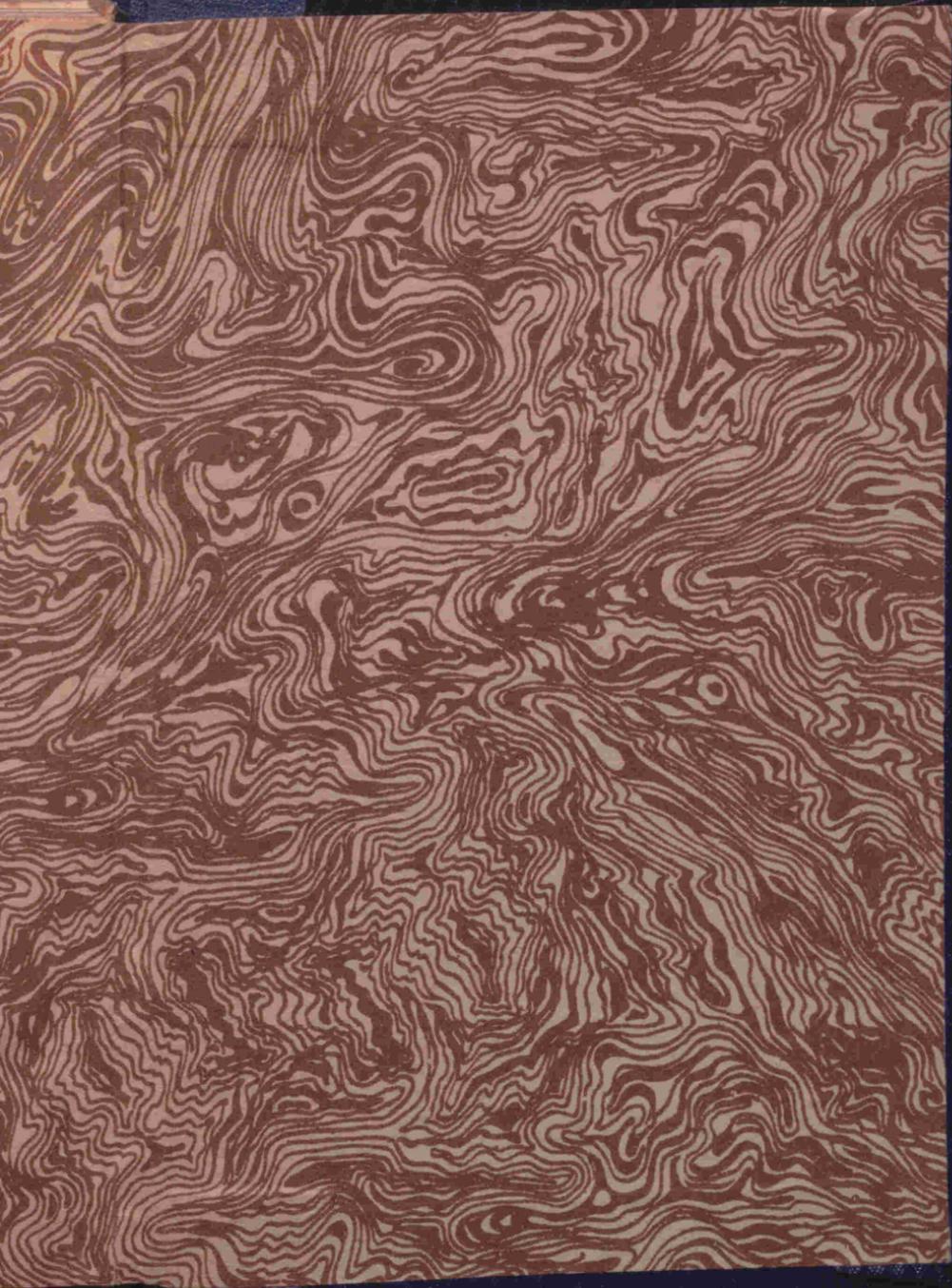


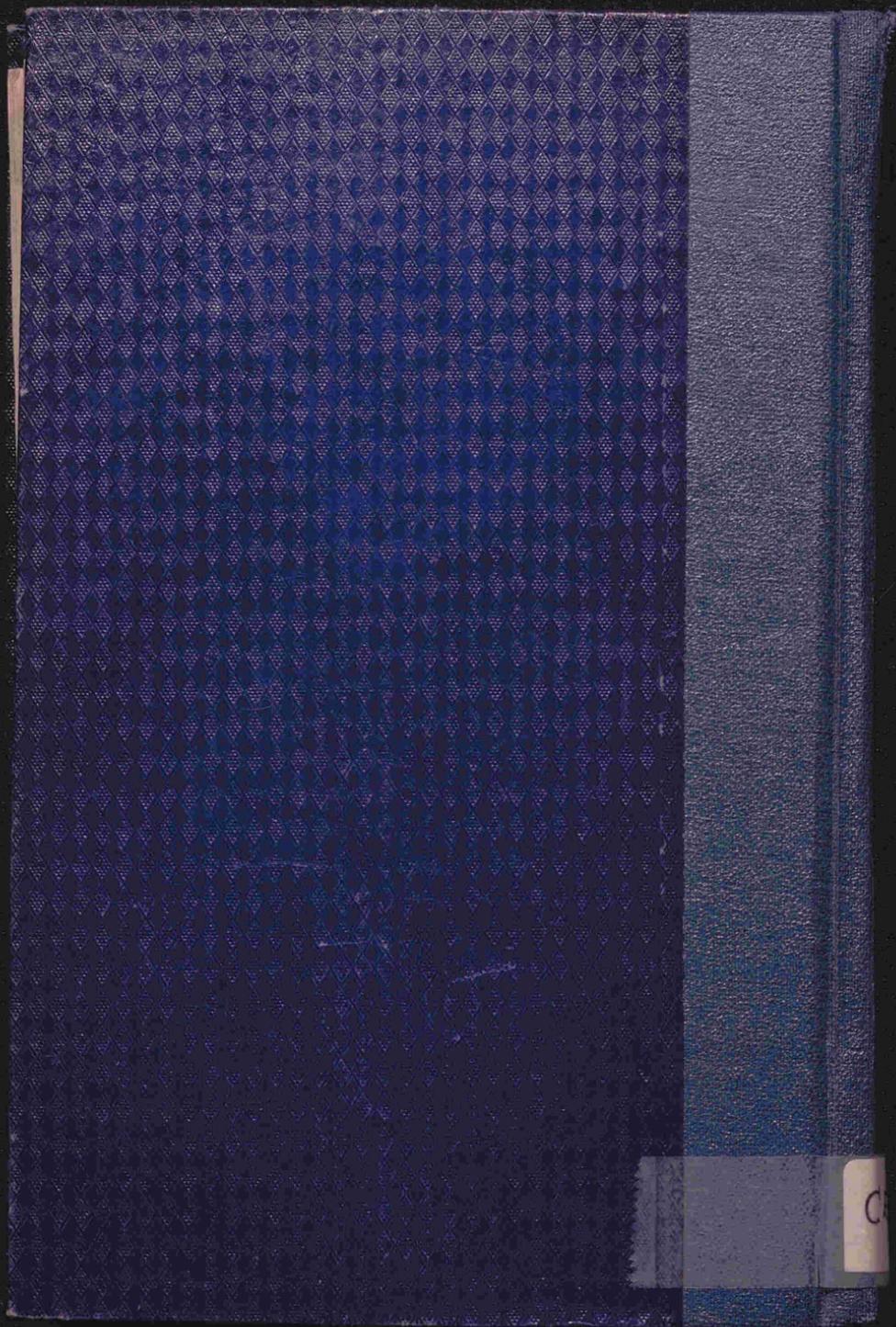












CES-XIX

33

COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX